

Gonzalo Fiore Viani

# Una globalización anti globalista

Crónicas sobre el populismo de ultra derecha



Fiore Viani, Gonzalo

Una globalización anti globalista : crónicas sobre el populismo de ultra derecha / Gonzalo Fiore Viani. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capitanos Peronismo Militante, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga  
ISBN 978-987-45628-6-9

1. Política Internacional. 2. Populismo. 3. Derecha Política. I. Título.  
CDD 324.13

Fecha de catalogación: 12/05/2020

Ilustración de tapa:

Juan Manuel Núñez Lencinas

Diseño de cubierta y diagramación:

Sol Moyano

Todos los derechos reservados

1ª edición: mayo de 2020

ISBN 978-987-45628-6-9

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Estamos convencidos de que la batalla central es cultural. El gran poeta cubano, José Martí, lo dijo a su modo, que hacemos propio:

*De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento.*

Centrados en una concepción humanista, daremos esa batalla y la ganaremos “a pensamiento”, pero fundándolo en el corazón americano que late desde nuestra historia señalando el ritmo de nuestro futuro. Porque no hay nación argentina sin Patria Grande y no hay pensamiento digno si no parte desde el corazón, única manera de concebir una doctrina destinada a la Justicia Social, el más elevado de todos los objetivos políticos.



**Gonzalo Fiore Viani**

# **Una globalización anti globalista**

Crónicas sobre el populismo de ultra derecha



## Agradecimientos

A mi compañera, Verónica.

A mis viejos.

A Leandro Albani, por haberme dado la idea para este libro.

A Sofía De Nicolo, Nicolás Canosa y Manuel Valenti Randi,  
por haber hecho mejor esta obra gracias a sus comentarios.

A todxs lxs compañerxs del CENAC.





## Prólogo

El pensador y economista Joseph Schumpeter decía que “nadie puede tener la esperanza de entender los fenómenos económicos de ninguna época (tampoco la presente) si no domina adecuadamente los hechos históricos o no tiene un sentido histórico suficiente”<sup>1</sup>. Este trabajo de Gonzalo Fiore Viani que publicamos desde Ediciones Capiangos, “Una globalización anti globalista”, promueve el aserto schumpeteriano, en la medida en que explica lúcidamente la situación del capitalismo a nivel planetario en su etapa actual, bajo las condiciones políticas presentes. Condiciones políticas que son el producto de una desesperada lucha de los países centrales entre sí por sostenerse “a flote” en el marco de la continuidad cíclica de la crisis sistémica del 2008, una de las tantas y recurrentes en su historia. Ya lo sabemos: las crisis son consustanciales al sistema capitalista.

En este caso, con el agregado de una situación novedosísima: una pandemia que, como un “precipitado” inesperado, le

---

1 Rapoport, Mario: “Las políticas económicas de la Argentina - Una breve historia” (Ed. Booket, 2010).

ofrece a la crisis no sólo su propia extensión (pan-demia) sino su acción devastadora sobre la economía en todas sus variantes acumuladoras. Acudiendo a su fuente etimológica<sup>2</sup>, veremos que procede del griego “demos”, que *significa* “pueblo” y que, por extensión, indica “enfermedades que padece el pueblo”.

¡Extraordinario! Aparece un significante como “pandemia”, que es nada vacuo, que no es superficial ni puede someterse al antojo polisémico, porque no está “vacío” (como el significante laclausiano), sino que expresa con claridad un contenido único que no admite dobles interpretaciones.

Sí. De una pandemia se trata este libro de Fiore Viani. De una pandemia que lleva más de cincuenta años, según como se entienda la datación. De una pandemia, la neoliberal, que, sin duda, es una enfermedad que padecen los pueblos, con su degradación ¿inevitable? hacia “populismos” retrógrados de derecha, cuasi fascismos que ya comienzan a rozar las “maneras” políticas autoritarias.

Con su penetración intelectual, el autor nos introduce profundamente en los fundamentos ideológicos y en el lenguaje expresivo que sirven para caracterizar e interpretar los procesos mundiales. Nuevos significantes emergentes que son parte del lenguaje político con el que se piensa la realidad del capitalismo en su estadio actual: neoliberalismo, financiarización, transnacionalización, “populismo de derecha”, movimiento (de este concepto se encarga el autor de establecer diferencias fundamentales con el concepto que forjó el peronismo en perspectiva estratégica para la lucha política), globalización, anti globalización, nuevos derechos, género, diversidades sexuales y religiosas, migrantes y xenofobia, odio de clase y racial.

Todas estas cuestiones de la agenda moderna implican contenidos ideológicos dentro de las doctrinas que alrededor

---

2 Del griego πανδημία, pandēmía, “reunión del pueblo” (Diccionario de la Real Academia Española).

del orbe se disputan la hegemonía cultural, en una lucha que definirá las futuras condiciones en las que transcurrirán nuestras vidas.

Los procesos históricos que se suceden dentro del desenvolvimiento del capitalismo son determinantes claves para su comprensión profunda, en la medida en que –siguiendo la categorización de Immanuel Wallerstein– se corresponden a un sistema social histórico. Es decir, no es un sistema “natural”, como suele escucharse por allí a los comunicadores del *establishment*. Es histórico. Y especialmente absurdo, por lo asocial de su doctrina.

Uno de los rasgos descriptivos de este sistema es su necesidad de “expansión continua”. De allí lo pandémico, la enfermedad para los pueblos. Desde su emergencia entre los pliegues mismos del sistema socioeconómico medieval en decadencia, a fines del siglo XV o principios del XVI, ya no se detuvo jamás. Ha ido ocupando territorialmente o, mejor dicho, incorporando a otros países y sus estados al sistema, ininterrumpidamente.

En la medida en que su naturaleza intrínseca es la acumulación incesante de capital, sólo podía alcanzar su cometido esencial en una relación de desigualdad donde el centro de poder sometiera a ese proceso al otro más débil.

Así surgieron los Estados de los países que llamamos “centrales”. ¿En qué sostuvieron esencialmente su centralidad? En el intercambio desigual, primero; *manu militari*, después (y siempre); y, finalmente, a través de la mano imperialista en sus diversas formas: económica, cultural y militar (hoy “focalizada”), etcétera. De ellas, a su vez, la cultural es el instrumento fundamental de la colonización-dominación. El más potente y eficiente, porque opera “disparando” a distancia y en profundidad: por los medios de comunicación y por los althuserianos aparatos ideológicos de los Estados como reproductores de las inequidades sociales, es decir, de la desigualdad. Uno de esos aparatos ideológicos mutó, en nuestro siglo, en su modo de

representar a la clase dominante, hacia el tan mentado *lawfare*, imponiendo la mentira impúdica como herramienta de guerra “jurídica” contra el pueblo.

¿Cuál es, entonces, el campo en el que se desenvuelve esta guerra? Sin duda, el campo “cultural”, en el que se expresan y se enfrentan los grandes combates. No sólo en tanto la historia funciona como gran relato constitutivo –como enseñó Lucien Febvre– sino porque se despliegan dispositivos de imposición cultural cuyo objeto de acción es operar sobre las conciencias, favoreciendo la simbiosis con las “facciones” dominantes de las élites devenidas a sus viejas bases de sustento ideológico, aquellas de los nacionalismos retrógrados y tradicionalistas, que asolaron a “Occidente” en el siglo pasado; y que, sobre todo en los países periféricos, detestan todo lo que huelga a libre determinación, a solidaridad, a soberanía económica y a redistribución equitativa de la riqueza nacional que generan los trabajadores; que obstaculizan la independencia política y el progreso de la voluntad colectiva.

Recorrer junto a Fiore Viani, comprendiendo –por la claridad de su relato– cómo se “ligan” en “movimiento” los neofascismos y la crisis, es una necesidad imperiosa. Como escribe el General Perón, citando a Balk, hablando de la historia militar: “su objeto es conducir la guerra con experiencia ajena, porque la propia es difícil cosechar, cuesta cara y llega tarde”.

Por eso se lee con fruición el libro de Fiore Viani, porque nos invita a la formación de la conciencia ante los peligros que acechan a la humanidad y a luchar por repelerlos militantemente. Nos advierte. Nos responsabiliza. Más aun: nos “encuadra”.

La única verdad es la realidad. Ambas se construyen desde la conciencia popular. Como futuros partisanos “populistas” de una resistencia contra la desigualdad y la injusticia.

*Vicente Calvano*

## Presentación

### El oscuro mundo de The Movement

Steve Bannon, un hombre (y un nombre) que resuena muy poco en América Latina, es alguien peligroso. Y el libro de Gonzalo Fiore Viani lo confirma. El ex jefe de campaña y ex asesor de Donald Trump es una persona que nos tendría que preocupar a todos y a todas. Esto no tiene que ver con una “naturaleza maligna” de Bannon, sino con su posición de articulador de los movimientos de ultraderecha –algunos de ellos en el poder– que crecen día a día en todo el planeta.

Periodista de los bordes, Bannon es el impulsor de The Movement, una agrupación (¿o logia?) transnacional que tiene fluidos vínculos en Europa, Estados Unidos y América Latina. Y, como bien lo explica este libro, encabeza el auge de una nueva ultra derecha que alcanzó logros que no pueden dejarse de lado a la hora del análisis de la situación mundial.

Fiore Viani, en su libro, despliega las líneas generales de The Movement, la figura de Bannon, sus relaciones con diri-

gentes de importancia en las cuatro latitudes, y el despliegue de su ideología en América Latina. Pero un punto fundamental para entender a la ultra derecha que escala posiciones sin que, por lo visto, nadie tenga capacidad de detenerla, es la fuerza desarrollada para llegar a los sectores más humildes (y humillados) por el actual sistema de dominación que sobrevive pese a las reiteradas crisis de todo tipo.

The Movement y quienes se suman a su cruzada supieron analizar –en un primer momento– y apuntar –en un segundo movimiento– a grandes sectores poblacionales que la derecha clásica desprecia y el progresismo (y una parte considerable de la izquierda) subestima. En el caso de Estados Unidos, es la población blanca y pobre del sur del país. Hacia ese núcleo –que en la actualidad sostiene a Trump– llegó Bannon con sus proclamas anti-globalización liberal, anti-inmigración, anti-*establishment* y anti-políticas de géneros.

La descripción detallada que Fiore Viani hace de este pulso político e ideológico cruza todo el libro, brindando datos sobre reuniones, congresos y “alianzas”, que desde hace varios años cruzan las fronteras sin que todavía tengamos una noción real de hasta dónde pueden llegar. Esta ideología, hija de los neoconservadores norteamericanos y condimentada con sutiles toques de fascismo, enarbola un discurso llano y concreto que es asimilado sin demasiadas complicaciones por los futuros votantes.

Fiore Viani tiene la virtud de explicar este mundo de ultraderecha –por momentos subterráneo, pero con una ingente capacidad financiera y de acceso al poder– con un lenguaje despojado, sencillo, sostenido en información concreta, al mismo tiempo que muestra las profundas tensiones del orden mundial que permiten una corriente de estas características.

En América Latina –como describe el autor– a The Movement se le presenta un tablero dividido. Por un lado, todavía

no hace pie con fuerza en la mayoría de los países de la región, pero, por otro, su principal referente es Eduardo Bolsonaro, hijo del actual presidente de Brasil, nación que se encuentra entre las diez principales potencias mundiales.

En el abordaje de nuestro continente, Fiore Viani acierta en trazar los puntos de contacto entre la nueva ultraderecha apañada por Bannon y el crecimiento exponencial de los sectores más conservadores del movimiento evangélico. Aunque en ocasiones los vínculos no sean totalmente orgánicos entre ambas partes, las coincidencias que se muestran en el libro deben llamar urgentemente la atención para quienes abogamos por un mundo nuevo, donde la solidaridad, la justicia social y el respeto a las minorías sean banderas innegociables.

El libro de Fiore Viani es fundamental para comprender los movimientos de una ultra derecha que a muchos y a muchas nos puede parecer cavernaria, grotesca y, por momentos, bizarra, pero que serpentea con resultados alarmantes sobre los pueblos del mundo.

*Leandro Albani*





# **Una globalización anti globalista**

Crónicas sobre el populismo de ultra derecha



## Introducción

El presente libro no pretende ser un ensayo académico sobre el populismo de ultra derecha sino más bien una crónica de los años en que su ascenso fue tan imparable como preocupante en muchos países del mundo. Podría decirse que la “era del anti globalismo” se inauguró con la victoria de Donald Trump en Estados Unidos, junto a la elección que le dio el “Sí” al Brexit, en 2016.

A partir de allí venimos asistiendo a una serie de fenómenos heterogéneos pero que tienen en común la utilización de un discurso profundamente crítico de la globalización, contrario a las élites financieras al mismo tiempo que anti inmigratorio.

Por ello, y con las características de cada país en particular, este tipo de discurso ha logrado interpelar de manera exitosa a los perdedores de la globalización, en mayor medida blancos de clase media baja, tanto rural como urbana, que han visto mermados sus ingresos debido a la pérdida de puestos de trabajo, a causa de la globalización y la deslocalización de las fábricas.

Las categorías clásicas de izquierda y de derecha, si bien siguen siendo importantes, ya no alcanzan para comprender al mundo de hoy. La dicotomía entre el globalismo y el anti globalismo, la puja entre aquellos que se encuentran a favor de un mundo más abierto, tanto en lo económico como en los flujos migratorios, frente a quienes pretenden fronteras cerradas en el amplio sentido de la palabra, es la puja que dominó el escenario internacional en el último lustro de la década de los 2010 y que seguirá siendo central en los conflictos venideros.

Por supuesto, esta descripción se reduce especialmente a Occidente, donde inclusive tiene algunos matices. Existe, en la actualidad, una dicotomía geopolítica, donde se incluye una disputa por la innovación en ciencia y tecnología, que excede a la cuestión migratoria o de las identidades nacionales.

El presidente francés Emmanuel Macron ha declarado que Europa se encuentra en un momento similar al período de entre guerras. Si bien, quizás, eso puede sonar como una exageración o una pirueta discursiva para justificar su propio liderazgo, algo de cierto tiene. La democracia liberal tradicional, en los países de Europa central o Estados Unidos, no había sido tan discutida desde las décadas de los años veinte y treinta.

Durante los años de la Guerra Fría, el mundo se dividía claramente entre dos bloques antagónicos que se necesitaban el uno al otro para confrontar, con proyectos económicos, políticos, culturales y hasta espirituales contrapuestos.

Luego de la caída del Muro de Berlín, hubo un breve espacio de tiempo donde según autores como Francis Fukuyama asistíamos a la muerte definitiva de las ideologías y al “fin de la historia”. O, como decía el historiador británico Eric Hobsbawm, el siglo XX había terminado.

En aquella breve década, Estados Unidos pareció tener

la hegemonía absoluta por sobre el resto de los países. Sólo faltaba que terminara de exportar su modelo de democracia a todo el mundo occidental. Entonces, sólo quedaba el “choque de civilizaciones” de Samuel Huntington, que pareció tener su punto álgido tras los atentados contra el World Trade Center y las posteriores invasiones a Afganistán e Irak.

Finalmente, los fenómenos migratorios, causados en gran parte por los conflictos ocasionados por los países centrales en los periféricos, terminaron impactando en aquéllos, sirviendo para unificar el odio de las periferias, de sectores sociales unidos contra lo que consideran las élites. Es decir, todo aquello que tenga algún sesgo liberal, progresista o amigable hacia la globalización.

Allí, los migrantes son utilizados como chivo expiatorio por los dirigentes, encauzando el odio de sus electorados hacia todo lo que sea ajeno a ellos. Ejemplos claros de esto son los casos de Donald Trump en los Estados Unidos, Matteo Salvini en Italia o Marine Le Pen en Francia.

El electorado de Trump existía desde hacía mucho tiempo; sin embargo, hasta que su figura no surgió, no había encontrado ni un cauce democrático ni un momento propicio para poner sus demandas en el centro de la política.

A su vez, aparecen fenómenos crecientes como el de la automatización, lo que muchos autores denominan la cuarta revolución industrial, que ocasionará –según datos de la Organización Internacional del Trabajo– la desaparición de 300 millones de puestos laborales en los próximos veinte años. Sumado a una distribución de la riqueza por la cual, por ejemplo en Europa, que sigue siendo el continente más igualitario del mundo, el 10% de los habitantes posee el 37% de las riquezas, mientras que en los Estados Unidos, el 1% concentra el 20% de los recursos del país.

Por ello, cuando Donald Trump asumió la presidencia, en

su discurso inaugural, dijo aquello de que su llegada al poder representaba “devolverle el poder al pueblo”.

Más adelante se analizará por qué alguien como Trump, un millonario perteneciente a ese 1%, un personaje central en esta historia, logra apelar de manera tan eficaz a esos sectores sociales con los que en principio no tendría mucho que ver.

Steve Bannon, quien fundó The Movement (El Movimiento) en 2017, para relanzarlo en 2019, entendió como pocos la dinámica política del mundo que se viene. Surgido de los rincones oscuros de los medios alternativos estadounidenses, su discurso apela muy bien a la idea del “hombre común”. Entendiendo eso como un trabajador blanco, de clase media baja, occidental y de “costumbres cristianas”.

Desconozco si el norteamericano leyó a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe –aunque me animaría, también sin pruebas, a afirmar que sí lo hizo con Gramsci–, pero Bannon entiende muy bien cómo disputar la hegemonía. Lo hace unificando demandas democráticas, en el sentido que las entiende Laclau en *La Razón Populista*, es decir, reclamos aislados que pueden ser conservadores, reaccionarios o anti igualitarios. Por supuesto, no necesariamente los diversos reclamos que atiende el liderazgo populista deben ser conservadores, sino que, muchas veces, son de sentido contrario, como en el caso, por ejemplo, de los populismos progresistas latinoamericanos.

Cuando estas demandas no son satisfechas por la política tradicional, pueden unirse con otros reclamos incumplidos. De esta manera, se produce una relación de equivalencia donde demandas que pueden no compartir nada en un principio o incluso pueden oponerse entre sí o ser contradictorias se unifican detrás de un líder o un “movimiento”.

Es así que las figuras de Trump o Salvini pueden operar como “significantes vacíos”, es decir, personajes que aglutinan la pluralidad de demandas insatisfechas –contradictorias o no–

de un colectivo determinado. Así, un supremacista blanco, un campesino de Alabama y un trabajador afroamericano desempleado de Detroit pueden ser parte del mismo colectivo, asistiendo a mítines y apoyando fervientemente a Trump.

De la misma manera, un poderoso empresario del norte, un trabajador precarizado del sur y un nostálgico de los tiempos de Mussolini pueden constituir la base de sustentación de La Lega.

Bannon entiende esto tan bien que es capaz de exacerbar con su retórica a este tipo de grupos sociales, que en principio tienen muy poco que ver entre sí, para hacerlos parte del mismo colectivo.

No es casual que el título que eligió para lanzar el instrumento con el que pretende unificar a todos los partidos de este tipo es El Movimiento. La idea de que los pueblos son sujetos mutables, que pueden ser una cosa en un momento para convertirse en algo totalmente diferente en otro, tiene que ver con la política “movimientista”.<sup>1</sup>

A su vez, todos estos sectores encuentran en la globalización al gran culpable de todos los males de sus países. El concepto que utilizan es vago, y la globalización también puede operar para ellos como un significativo vacío donde el contenido cambia dependiendo de cuál es el enemigo de ese momento.

Estos pueden ser los inmigrantes mexicanos en el caso del discurso trumpista, los africanos y los árabes en el de Salvini,

---

1 Para no generar ningún tipo de confusión al respecto: el término “movimiento”, aquí, no se refiere a como se lo entiende desde la tradición política popular latinoamericana, sino que se usa porque es el nombre con el que Steve Bannon decidió denominar a su conglomeración de partidos ultra derechistas y porque también es el término que utilizan dirigentes como Trump, Le Pen o Salvini. En Argentina, por ejemplo, el peronismo teorizó sobre lo movimientista desde otro lugar, con una connotación y referencia completamente diferente.

al mismo tiempo que la élite liberal de las universidades Ivy League, el poder supranacional de la Unión Europea con sede en Bruselas, la dictadura de las finanzas, los militantes de los derechos LGBTIQ+, las fronteras abiertas, la “delincuencia” o la burocracia política de Washington.

Indistintamente de a quién se ataca en determinado momento, todos comparten la condición de ser parte de los fenómenos causados por la globalización.

Como se expresa al comienzo de esta introducción, esto no pretende ser un ensayo académico. Por lo tanto, puede comprenderse sin necesidad de ningún tipo de lecturas previas, más que las de las noticias diarias de coyuntura internacional o un mínimo interés por la temática.

Sin embargo, es importante acudir a los textos de quienes han hecho un análisis academicista de la cuestión de los populismos. La ya citada obra de Ernesto Laclau, *La Razón Populista*, debería ser de lectura obligatoria, y algunos de los conceptos expuestos allí serán utilizados pertinentemente aquí.

Existe hoy un debate entre la democracia liberal y las autocracias, cada vez más autoritarias y cerradas, que pretenden imponer sus ideas a base de fuerza, falso consenso y negación del otro. Pero, especialmente, la disputa principal es entre dos modelos de gobernanza: uno que presenta a un Estado fuerte, con mayor o menor preponderancia del mercado, y otro que directamente va contra el Estado.<sup>2</sup>

---

2 Al respecto de esto, Cristina Fernández de Kirchner hizo una excelente caracterización en su alocución en La Habana, en febrero de 2020: “La gran disputa que yo observo bajo las aparentes formas de una guerra comercial es de modelos. En el modelo americano al capitalismo lo conduce el mercado. En el modelo chino, la forma de producción capitalista la conduce el Estado; asociado también con empresas y particulares, pero quien conduce es el Estado. Creo que ésta es la gran disputa que todavía no aflora, no se explora



La elección de Jair Bolsonaro en Brasil y el golpe de Estado cívico, policial y militar en Bolivia, con discursos de odio racial, de clase y fuertemente revanchista, han dejado en claro que estos fenómenos no son sólo problemas de los países centrales, sino que también están sucediéndose, con sus particularidades, en América Latina.

Por ello, considero necesario ahondar en sus causas y consecuencias inmediatas, intentando de esta manera englobarlas, para comprenderlas con mayor eficacia. Creo que así se podrá trazar una línea de hacia dónde puede dirigirse esta disputa, aportando herramientas para contrarrestar los discursos de odio, exclusión y negación de las diferencias.

Los problemas estructurales referidos a la desigualdad que plantea la globalización están lejos de resolverse, con los ricos concentrando cada vez más recursos, las clases medias más empobrecidas y los sectores populares día a día más expulsados del sistema.

Al mismo tiempo, el fenómeno de la inmigración de los países periféricos a los centrales no tiene soluciones en vista.

Mientras las élites se muestran alejadas de la realidad de sus pueblos, los extremismos no hacen más que seguir aflorando, cosechando éxitos electorales como una especie de nueva globalización. Paradójicamente, una anti globalista.

---

ni se investiga... La discusión va por los dos andariveles, y son complementarios. Tiene que ver con el modelo y quién conduce el proceso económico y de qué instituciones y representaciones nuevas dotamos a las constituciones y a las organizaciones de la sociedad.”



## Estados Unidos

Esta sección no se encuentra al comienzo de manera arbitraria, sino que tiene una particular significancia, debido a que fue en los Estados Unidos donde nació The Movement, de la mano de Steve Bannon. Si bien el actual movimiento de ultra derecha encuentra ecos particulares en Europa o en países como el Brasil de Jair Bolsonaro, es importante comprender cuáles fueron las causas que llevaron a Trump al poder. Por ello, en el presente capítulo se analiza la composición social, cultural, económica y política de los sectores que sirven de sustentación a Donald Trump y al conjunto de ideas que enarbola The Movement.



## Una aproximación a los votantes de Trump

Cuando la candidata presidencial del Partido Demócrata, Hillary Clinton, dijo durante la campaña electoral del año 2016 que “la mitad de los seguidores de Trump pertenecen a una canasta de deplorables” no estaba haciendo más que evidenciar un profundo desprecio y odio de clase hacia parte de la Norteamérica profunda. Esa parte del país integrada por gente mayoritariamente blanca, conservadora, generalmente con poca educación formal y de bajos recursos económicos. Un electorado que votó en masa a favor de Donald Trump y al día de hoy constituye aún su mayor fuente de apoyo. El presidente es visto por ellos como alguien mucho más cercano, cuyo lenguaje llano les habla directamente. No viene de una prestigiosa universidad de la Ivy League y es todo lo contrario a lo políticamente correcto.

Un error que cometió durante la campaña el progresismo estadounidense –y que sigue cometiendo– es creer que a un granjero en Alabama o a un trabajador en Detroit cuya fábrica cerró les importa a quién dicen que hay que votar figuras de la

industria como Jay Z, Beyoncé, Lena Dunham o Madonna. Muchísimo menos maestros de la literatura contemporánea estadounidense, como Richard Ford, Margaret Atwood o Stephen King, de quienes quizás jamás hayan escuchado sus nombres, a pesar de que describen como nadie la vida de la Norteamérica profunda de la segunda mitad del siglo XX, de la cual ellos mismos son sus protagonistas, silenciados – cuando no despreciados y objetos de burla– por el *establishment* político y cultural, pero protagonistas al fin.

Tras la derrota de 2016, el Partido Demócrata ha experimentado un corrimiento hacia la izquierda, liderado por mujeres jóvenes como Alexandria Ocasio-Cortez o por veteranos como Bernie Sanders.

Sin embargo, los demócratas aún tienen como desafío lograr hablarles a aquellos a quienes Trump logra interpelar tan bien, quizás debido a sus orígenes ajenos a las élites tanto culturales como intelectuales de New York, California o Washington.

La clase media norteamericana, que en una época supo ser la más próspera del mundo, en las últimas décadas fue perdiendo poder adquisitivo. El mismo FMI señalaba en 2016, que uno de cada siete americanos vivía en condiciones de pobreza y el 40% de los pobres estaba trabajando. Esto llevó a un fuerte resentimiento de la clase media baja blanca, que vio en Trump –con sus discursos acerca de cómo el Estado norteamericano los había abandonado– una especie de salvador que venía a devolverles la grandeza que habían perdido, entendiendo el “Make America great again”<sup>3</sup> como una interpelación a ellos, a “la verdadera América”; la misma “América” que les habían quitado “las minorías, los gays, los feministas, los negros, los

---

3 El slogan no es exactamente nuevo. Ronald Reagan lo utilizó en su exitosa campaña electoral de 1980 para condensar la idea de su “revolución conservadora”.

hispanos, los liberales”. Es decir, todo lo que tenga que ver con el multiculturalismo, que asocian al progresismo de clase media alta.

Aunque muchos no lo crean, en 2020 Trump corre con todas las posibilidades para ser re electo. Al cabo de tres años de gobierno, el presidente ha cumplido las promesas que le hizo a su electorado.

Estados Unidos experimenta su mayor nivel de empleo en cincuenta años. La desocupación alcanza apenas el 3,6%. Empresas que producían en el extranjero han regresado al país<sup>4</sup>. Al mismo tiempo, la obra pública se ha disparado por las nubes y se han recortado los impuestos. La contracara de esto es el déficit y la deuda pública. Aunque, por ahora, el PBI del país crece a la par, incluso más.

Esto contrasta fuertemente con la situación del país en los años anteriores a la llegada de Trump, especialmente para algunos sectores determinados.

Tras la crisis de 2008, los llamados “rednecks” se vieron arrasados. Imposibilitados de competir con los grandes *pooles* de siembra, su poder de producción era mínimo, en el mejor de los casos. Cuando Trump dice “America first”, ellos escuchan “nosotros primero”.

El genial escritor originario del sur profundo, William Faulkner, en su obra prefigura a un personaje bastante similar a Donald Trump. Un hombre llamado Flem Snopes, quien, sin absolutamente ningún escrúpulo a la hora de buscar lo que quiere, alcanza el poder mediante métodos bastante cuestionables. Snopes representa a todo el sector del electorado norteamericano que “lo único que saben y lo único en que creen

---

4 Estos datos son previos a la crisis económica derivada de la tragedia sanitaria desatada por la covid-19. Las perspectivas a partir de esto se han transformado de manera radical y el escenario ha adquirido una volatilidad inusitada.

es el dinero, importándoles un carajo cómo se consigue”.

Como Trump ha logrado presentarse ante el electorado, al igual que Snopes, es la encarnación misma del sueño americano, el *self made man* que crece sólo en base a su propia capacidad, a pesar del gobierno corrupto e intervencionista que vive del trabajo ajeno. Sumado el odio visceral hacia los inmigrantes y el nacionalismo chauvinista. Mientras las élites supuestamente progresistas se burlan de esos sectores, Trump los abraza.

Es interesante traer a colación el nombre de Faulkner, ya que, si bien el novelista sureño era un hombre progresista y liberal para su época, también describía con cierto cariño a esos habitantes de la Norteamérica profunda. Hombres y mujeres atados a tradiciones arcaicas, fanáticos de las armas y atemorizados por el avance irrefrenable de los tiempos modernos y la globalización imparabile.

Lejos de todo sesgo paternalista o clasista, Faulkner prefería la compañía de esos seres humanos poco sofisticados –toscos, racistas y muchas veces violentos, que hoy, en general, constituyen una base fundamental del apoyo a Donald Trump– por sobre la de sus colegas académicos e ilustrados, despreciando todo lo que tenía que ver con el *establishment* literario.

Es por eso que es interesante traer a colación una frase que el escritor pronunció tras el linchamiento de Emmett Till –un joven negro de 14 años acusado de silbarle a una mujer blanca– durante los años 50: “¿Merece sobrevivir este país?”.



## La ultraderecha de la clase obrera

Steve Bannon aseguró que gracias a su muñeca política transformaron el Partido Republicano en un partido de “clase trabajadora”. Si bien eso es, cuanto menos, un *overstatement*<sup>5</sup>, el líder de The Movement fue uno de los personajes claves para la transformación del Grand Old Party, que se convertiría, de partido del establishment estadounidense, en expresión política de los “deplorables” del interior profundo.

A su vez, también fueron importantes, para que eso sucediera, los dirigentes de la élite política del Partido Demócrata. Especialmente a partir de la campaña 2016, el huracán Trump dejó a todos completamente descolocados. En algunos casos, salió a la luz lo peor del clasismo de los políticos educados en las universidades de la Ivy League, como cuando la misma Hillary Clinton llamó a los seguidores del actual presidente “una canasta de deplorables”, epíteto que fue recogido con orgullo por el magnate y sus partidarios, representantes de un Estados Unidos profundo, que uno se acostumbró a ver sólo

---

5 Exageración, magnificación, hipérbole.

como objeto de burlas en las películas de Hollywood, pero que existen, son muchos y están decididos a quedarse en el centro de la escena política.

Bannon, con su medio de “derecha alternativa” (o “alt-right”) Breitbart News Network, comenzó a cimentar la candidatura de Donald Trump a partir de teorías conspirativas extrañas, despotriques contra la clase dirigente de Washington, contra Silicon Valley y la inmigración.

Todo lo que huelva a progresista se convirtió en enemigo de estos sectores. En piruetas discursivas realmente delirantes, podían entrar en la misma canasta los integrantes de la comunidad LGBTIQ+, los inmigrantes latinos, los extremistas islámicos y los políticos liberales del Partido Demócrata.

Como una primera aproximación al gurú de la ultraderecha internacional, es fácil pensar inmediatamente en Tino Burgos (Birch Barlow, en la versión original estadounidense), ese periodista delirante y símil de Homero Simpson, del “hombre común” de la Norteamérica profunda, que aparece en un capítulo de Los Simpson. Allí logra que elijan como alcalde a Bob Patiño, un ex criminal convicto por intentar asesinar a Bart. Gracias a sus diatribas permanentes contra el corrupto alcalde demócrata, construye una candidatura que era prácticamente imposible.

No está muy lejos de lo que pasó en un primer momento con Trump, antes de la intervención de Bannon y su ascenso vertiginoso de figura oscura de rincones de internet<sup>6</sup>, como los foros de conspiraciones, a una de las voces más importantes del entramado político y mediático, no sólo de Estados Unidos sino de gran parte del mundo.

El hasta entonces hombre fuerte de la administración

---

6 Portales hasta entonces marginales como Breitbart News Network o foros de miembros de la Asociación Nacional del Rifle.

Trump terminó dejando el gobierno en 2017, debido a errores graves en la organización de un rally supremacista blanco en Charlottesville. Finalmente, el acto político se cobró un muerto, cuando un extremista blanco embistió con su auto sobre manifestantes que estaban protestando pacíficamente.

El nacionalismo blanco y la ultraderecha racista, anticatólica y antisemita de grupos como el infame Ku Klux Klan han visto en Bannon a su salvador. En su momento, David Duke, el actual jefe del KKK, calificó el ascenso de Bannon en la Casa Blanca como “maravilloso”, al mismo tiempo que apoyó públicamente a Trump, algo de lo cual el presidente decidió despegarse. Ni Bannon ni Trump, si bien cosechan muchos seguidores entre estos sectores, parecen particularmente interesados en sostener puntos de vista racistas contra la comunidad afroamericana, donde, incluso, tienen seguidores.

En la misma entrevista a *The Guardian* donde se ufana de haber convertido al Partido Republicano en un partido de clase obrera, el líder de *The Movement* asegura que la ultraderecha necesita a gente como Alexandria Ocasio-Cortez. La joven legisladora demócrata, de origen latino, pasó de ser bar tender a ocupar un importante cargo en la política de su país.

Bannon se encuentra decidido a sumar a dirigentes que no vengan de la política tradicional: “basta de abogados, quiero bar tenders”. Por supuesto, no coincide en absolutamente nada con el ideario progresista de Ocasio-Cortez. Sin embargo, está convencido de que, sin una renovación de género, etaria y de orígenes étnicos, la derecha se encuentra en problemas.

La probable reelección de Trump lo encuentra al republicano con el 36 por ciento del voto afroamericano y latino debido al éxito económico de sus medidas proteccionistas. Muchos de quienes lo votan quizás no comparten sus puntos de vista extremistas sobre diversas cuestiones, pero se sienten conformes con la gestión económica de su gobierno.

Lo cierto es que la centroizquierda tradicional viene cosechando sus peores resultados históricos. En las últimas elecciones británicas, el Partido Laborista alcanzó su mínimo histórico de asientos en el parlamento desde 1935. En Austria, el progresismo hizo su peor elección desde 1945, al igual que en Alemania, donde a la izquierda no le iba tan mal desde 1949, o en Suecia, cuyo último resultado sólo puede compararse con las elecciones de 1908.

Son muchas las razones que explican esto, y un hombre como Steve Bannon no puede ufanarse de ser el artífice principal del éxito de los partidos llamados populistas o de ultraderecha a nivel mundial, aunque estos lo tengan como una especie de gurú y hombre de consulta permanente.

Si bien tanto Marine Le Pen como Matteo Salvini se diferenciaron del estadounidense, diciendo que sus políticas estaban creadas por europeos y para europeos, The Movement funciona de referencia para ambas formaciones políticas. De la misma manera que lo hace, aun más abiertamente, con el bolsonarismo brasileño. Eduardo Bolsonaro, además de ser el principal referente de The Movement en América Latina, es el encargado de afianzar los vínculos brasileños con el gobierno de Benjamín Netanyahu en Israel.

El mapa es extremadamente complejo. Por lo pronto, Bannon, de 66 años, pasó, en poco tiempo, de ser alguien escuchado sólo por sectores marginales a convertirse en una figura central de la política internacional. Aunque carece de la profundidad intelectual o la formación de alguien como el ruso Alexander Dugin, logra compensar gracias a su gran carisma y su capacidad de convencimiento.

The Movement pretende nuclear a todos los extremistas del mundo, sin perder de vista que su principal electorado son los excluidos de la globalización. Por ahora, vienen teniendo éxito en ganar las zonas históricamente de izquierda, como La

Liga de Salvini, que ha arrasado en regiones del sur; o Boris Johnson, que ha dado verdaderas palizas al laborismo en sus propios feudos del norte de Inglaterra.

Si bien algo de mérito han hecho estos dirigentes, parte de la responsabilidad también le corresponde a sectores de la izquierda. La pelea en representar a los excluidos de la globalización, por ahora, al menos en Estados Unidos, tiene un claro ganador.

## Trump y el fantasma de George Wallace

Joe Biden asimiló el año pasado a Donald Trump con George Wallace, una comparación que quizás no diga mucho fuera de las fronteras de los Estados Unidos, pero que en el país tiene un potencial simbólico muy grande, especialmente para la generación de la lucha por los Derechos Civiles y sus hijos. La alegoría lamentablemente vuelve a tener actualidad debido a la precaria situación de los migrantes provenientes de la región de Centroamérica y el Caribe en la frontera de El Paso.

George Wallace fue cuatro veces gobernador de Alabama, su popularidad dentro del Estado sureño era tan grande que cuando no pudo presentarse debido a un impedimento constitucional, en 1967, fue su esposa Lurleen quien tomó su lugar y arrasó en las urnas. El político es tristemente célebre por dos hechos que marcaron a fuego la historia estadounidense del siglo XX.

En su acto de asunción al frente del gobierno estatal, pronunció las históricas palabras: “Yo dibujé una raya en el polvo, arrojé el guante a los pies de la tiranía y dije segregación

ahora, segregación mañana y segregación siempre». Un año más tarde, en 1963, cuando aún imperaban las llamadas leyes de Jim Crow para la segregación racial, se paró en la puerta de la Universidad de Alabama para impedir el ingreso de Vivian Malone Jones y James Hood, dos estudiantes negros.

El entonces presidente John F. Kennedy respondió enviando a la Guardia Federal para desalojar la entrada y permitir el ingreso de los estudiantes. Wallace alegó que el gobierno federal había violado los derechos estatales de las leyes de Alabama. Durante los años sesenta acusaba a Martin Luther King Jr., a los Kennedy y a todo aquel que se opusiera a las leyes de segregación racial de los Estados del sur de “comunistas”.

Luego de haber sido una figura central en la época más turbulenta del siglo XX norteamericano, la historia de Wallace tuvo una especie de secuela. Intentó ser candidato a presidente del país en dos oportunidades, primero en 1968 por el Partido Americano Independiente y luego en 1972, nuevamente en las filas del Partido Demócrata. Enarbolaba un discurso que hoy podría denominarse populista. Despotricaba contra las “élites de Washington”, los liberales y la clase política tradicional, sin dejar nunca de usar epítetos racistas.

Sin embargo, en aquellos tiempos, el país aún no estaba preparado para esa clase de personajes. La candidatura presidencial de Wallace no tuvo éxito, y jamás logró franquear los límites electorales de los Estados del sur. Durante la campaña del 72, Wallace sufrió un atentado que lo dejó el resto de su vida en silla de ruedas. Entonces experimentó una conversión religiosa, se arrepintió en público de sus actitudes racistas, le pidió perdón a los afroamericanos y ganó sus últimas elecciones a gobernador, en 1982, con el 90% del voto negro.

Joe Biden, ex vicepresidente del país y actual candidato al ejecutivo por el Partido Demócrata, acusó específicamente a Trump de parecerse “más a George Wallace que a George

Washington”. Es innegable que el discurso de Trump tiene grandes puntos en común con el de Wallace. Ambos, además, apelan al mismo electorado: las clases trabajadoras mayoritariamente blancas del interior profundo de los Estados Unidos.

En su momento, el enemigo propuesto por el sureño eran las minorías afroamericanas. Hoy son los inmigrantes, los latinos, los movimientos feministas o ligados a las cuestiones de género y, al igual que en la década de los sesenta, los liberales. Los jóvenes universitarios de las grandes capitales, las élites financieras y todo lo que huelga un poco a cosmopolitismo son blancos de ataques fáciles desde las voces oficialistas. Wallace tuvo la decencia de al menos pedir perdón al final de su vida por sus terribles dichos y acciones.

No es difícil establecer paralelismos entre los dos hombres. Ambos líderes armaron su carrera política en base a mostrarse personas cercanas a los trabajadores, con un discurso llano y sin complejidades. A diferencia de los dirigentes tradicionales, Trump, igual que Wallace en su momento, se siente muy cómodo arremetiendo contra lo “políticamente correcto”, criticando a los medios y a los políticos opositores. Cuando les dice a cuatro diputadas demócratas de ascendencia latina que “vuelvan a sus países”, no se encuentra tan lejos como parece de pedir “segregación mañana y segregación por siempre”.

Es difícil avizorar en el futuro cercano que un hombre como Trump pueda llegar a mostrar el más mínimo atisbo de arrepentimiento por sus acciones en la frontera y el trato inhumano que reciben miles de migrantes mexicanos diariamente en la frontera. De todas maneras, lo que realmente debe ser el foco de atención es por qué un discurso prácticamente calcado al de George Wallace tiene más éxito electoral en 2019 que en las décadas de los sesenta y setenta.



## Europa

En el presente capítulo se intenta explicar las características particulares que tiene la ultraderecha europea en los distintos países donde se presenta. Los fenómenos locales, en su desprecio al globalismo y su odio visceral contra las estructuras de la Unión Europea, presentan rasgos comunes, dentro de su individualidad. Por ello, es importante trazar cuáles son los elementos comunes entre la Agrupación Nacional de Marine Le Pen en Francia (y cómo se entrecruza con el fenómeno de los Chalecos Amarillos), Vox en España, La Lega de Matteo Salvini en Italia, la Hungría de Viktor Orbán o, incluso, la Rusia de Vladimir Putin como una especie de mentor espiritual para todos ellos. A su vez, no deja de ser interesante cómo un estadounidense como Steve Bannon influye en el desarrollo político de un movimiento que se presenta tan nacionalista como anti europeísta.



## **Mucho más que una nueva derecha europea**

Cuando Marine Le Pen y Matteo Salvini se reunieron en la sede del sindicato obrero UGL, estuvo claro para todos que se trató no sólo de la consolidación de una sociedad política que pretende liderar a Europa por la próxima década sino, también, del intento de dotar de contenido ideológico a un movimiento, la nueva ultra derecha nacionalista que viene arrasando electoralmente en varios países del viejo continente pero también del mundo, de carácter “anti globalista”, que rechaza de plano la diversidad cultural y tiene como principal sujeto al trabajador, a quien consideran abandonado a su suerte por las demás corrientes políticas.

Si bien existen ciertos puntos en común tanto con el fascismo italiano como el gaullismo francés o los nacionalismos de los años 20 y 30, surgidos tras la crisis económica provocada por el crack del 29, este fenómeno tiene características propias que lo hacen algo totalmente nuevo, y que sólo puede ser explicado a partir del rechazo a la profundización del proceso de globalización de las últimas décadas.

Líderes como Sebastian Kurz, Viktor Orbán, Salvini o Le Pen, comparten el rechazo a lo que consideran “las élites” que impulsan la globalización, que “destruyen las culturas nacionales”; a la UE y a los políticos tradicionales, de quienes dicen han traicionado a sus pueblos para defender “intereses ocultos”.

En lo económico, se consideran proteccionistas: creen que se debe controlar al capital, asegurar los derechos laborales y recortar en todos los campos, excepto en lo social; se declaran “enemigos de las finanzas”, como ha dicho Le Pen en 2017, y en su discurso hay un fuerte desprecio por la troika, el euro como moneda única y todo lo que tiene que ver con la integración regional y la Unión Europea.

En lo social, son fuertemente conservadores, cayendo en expresiones homofóbicas o misóginas, en contraposición a liberales como Macron, que ha hecho de las cuestiones de género una bandera de su presidencia y se viene enfrentado con Salvini por la problemática de los refugiados.

Vladimir Putin, desde Rusia, ha sido considerado por muchos como una especie de padrino del movimiento, con el que no sólo comparte un estilo de liderazgo autocrático y afinidades ideológicas en lo que concierne a lo económico y a su idea de lo que debería ser Europa, sino también su oposición tanto al matrimonio igualitario como a los derechos de las diversidades sexuales.

No obstante, como se sostiene más adelante, no se encuentra una relación directa y probada entre el presidente ruso y el movimiento de ultraderecha europeo. Quizás, lo que sí existe es una especie de relación inconsciente de parte de los dirigentes que ven en Putin a un referente, debido a su fuerte liderazgo y su anti europeísmo.

Durante 2019 se ha mostrado muy cercano al canciller de Austria, el joven de 31 años Sebastian Kurz, ha intercambiado

elogios con el mandatario húngaro Viktor Orbán y con el primer ministro italiano Giuseppe Conte, del anti *establishment* “5 Stelle”, además de su asociación de larga data con el Frente Nacional francés.

Macron, con Merkel en retirada y también complicada por el avance de la extrema derecha alemana, se ha considerado a sí mismo “enemigo” de este tipo de liderazgos, mostrándose como la cara de una Europa unida, tolerante, diversa y, a su vez, amiga de los mercados y los capitales internacionales.

Lo cierto es que mientras el progresismo parece hablarle sólo a las minorías, incorporando un discurso que tiene más que ver con la clase media urbana, sobre educada y, paradójicamente, mayoritariamente blanca, Salvini, Le Pen, Orbán, Kurz, o –fuera de Europa– Trump, buscan interpelar a un actor político que parecía patrimonio del siglo XX: el trabajador, específicamente el desempleado, muchas veces debido a que su ámbito laboral se trasladó a algún país con mano de obra más barata.

Por lo pronto, Europa, se encuentra como Odiseo, entre Escila y Caribdis: sin salida clara, debatiéndose entre los defensores a ultranza de la globalización y los que pretenden negar cualquier atisbo de diversidad.



## Sobre la juventud de extrema derecha italiana

“Tanti nemici, tanto onore” (tantos enemigos, tanto honor), suele decir el Ministro del Interior y Vicepresidente italiano Matteo Salvini. La frase la usaba Mussolini. Mientras Il Capitano, como le dicen, se pelea con la UE, con las minorías y con las élites, su popularidad crece.

Su rechazo a los inmigrantes hace que su nombre se dispare en las encuestas. Dice que hay que ahorrar en todo, menos en derechos sociales; repite bastante seguido que las izquierdas han olvidado a los trabajadores en favor de otra agenda que nada tiene que ver con ellos, por lo que él los va a proteger.

Mientras tanto, ninguno de sus enemigos, que son muchos, sabe muy bien como vencerlo. Similar al refrán mussoliniano que utiliza, a medida que lo critican, su figura se engrandece. Lo cierto es que Salvini es cada día más popular en Italia, y su influencia comienza a extenderse por el resto de Europa. En sus redes sociales, critica a Macron al mismo tiempo que reivindica constantemente a los Chalecos Amarillos franceses.

En febrero de 2019, La Lega de Salvini arrasó en las

elecciones de la región de Abruzzo. Ubicada en el sur, la zona fue un histórico bastión socialista durante casi todo el último medio siglo. Sucede que las socialdemocracias y las izquierdas parecen haberse alejado tanto de sus pueblos que líderes como el italiano, el húngaro Viktor Orbán o la francesa Marine Le Pen vienen siendo los únicos que están logrando darles voz a los excluidos de la globalización.

Especialmente los integrantes de las capas medias bajas urbanas –cuyas fábricas se trasladaron, debido a los costos laborales–, pequeños granjeros del interior que no pueden competir con los mercados abiertos o inclusive intelectuales jóvenes, entusiasmados con el discurso “antisistema”.

Es innegable que, en los últimos años, la extrema derecha ha logrado volver a ser *cool* para algunos sectores de la juventud. Recuperando incluso el elemento dinámico y antisistema del fascismo original. Mussolini, por ejemplo, no llegaba a los 40 años al momento de alcanzar el poder. Era periodista, escribía novelas y contaba entre sus amistades a la vanguardia artística italiana, que lo apoyó en su ascenso político.

Los jóvenes que integran la extrema derecha europea hoy son anti globalización, discuten el reparto del capital, a la vez que rechazan lo multicultural, la inmigración, las diversidades y todo lo que sea “políticamente correcto”. No es de extrañar que, mostrándose como la “nueva contracultura”, cosechen cada vez más adeptos, enojados con la política tradicional.

Ejemplo de esto, en Italia, es CasaPound. Llamados así en honor al poeta estadounidense Ezra Pound, ícono de la generación perdida e influencia para autores como Ernest Hemingway o D.H. Lawrence, entre otros. Pound terminó condenado por traición y recluido en un establecimiento psiquiátrico en 1945, debido a que apoyó fervientemente el régimen fascista italiano.

El movimiento juvenil lleva adelante distintas acciones, es-



pecialmente de ocupación de viviendas. Rechazan la especulación inmobiliaria, se reivindicán anti globalización y a favor de la cultura nacional italiana, al mismo tiempo que proponen cerrar las fronteras y expulsar inmigrantes; exaltan, además, un modelo de familia tradicional, en consonancia con los valores del fascismo italiano de los años 20 y 30.

Igual que el Duce, Salvini tuvo coqueteos con la izquierda durante su militancia juvenil. Se fogueó en manifestaciones anti globalización y cercano al movimiento okupa italiano.

A finales del año pasado, hubo una gran concentración en la capital de Polonia. Unos 300.000 jóvenes de extrema derecha europea asistieron. El italiano, en sus redes sociales, saludó el encuentro y felicitó a quienes considera “el futuro de Europa”. Su éxito entre algunos sectores de la juventud no sólo se debe a su hábil manejo de las redes sociales –a cargo de Luca Morisi– sino también a que su discurso tiene una gran aceptación entre quienes se encuentran hartos de la globalización, las fronteras abiertas y todo lo que representa la Unión Europea.

Más allá de algunas similitudes, es importante hacer notar que esto es un movimiento nuevo, y que asimilarlo directamente con el fascismo o el nazismo es un ejercicio de pereza intelectual que no se corresponde con la realidad. No obstante, tampoco deja de ser importante investigar sobre la situación política y económica de la Europa de entreguerras. Especialmente los años previos a la Italia de Mussolini.

La Lega fue durante dos décadas un partido marginal, confinado a algunos sectores del norte rico e industrial. Ahora, gracias a la figura de Salvini y a su éxito entre los jóvenes, arrasa incluso en el sur. En las parlamentarias europeas de mayo de 2019, La Lega ganó en la mayor parte de Italia. Otros partidos de extrema derecha, como el Frente Nacional en Francia, también se quedaron con una cómoda victoria.

Las élites políticas tradicionales parecen no entender las verdaderas necesidades de los de abajo, y, mientras esto siga sucediendo, la tendencia es prácticamente irreversible. Estará por verse cómo sigue la disputa.

A nadie escapa que la mayor preocupación respecto de las elecciones parlamentarias europeas de mayo fue el auge de los partidos de ultra derecha. Una serie de partidos heterogéneos pero que tienen en común el componente euroescéptico, anti inmigración, en la mayoría de los casos abiertamente xenófobos, islamófobos y en contra de las diversidades sexuales.

Al mismo tiempo que se manifiestan a favor de un fuerte intervencionismo en la economía, dicen atacar “al capital” y a “los grandes banqueros”. Despotrican contra lo que ellos consideran “las élites liberales” con sede en Bruselas y dicen defender al trabajador “que la izquierda ha olvidado”.

Lo cierto es que, a diferencia de la clásica derecha conservadora europea, los extremistas son capaces de atraer en forma masiva tanto a las juventudes como a los trabajadores. El “Movimiento”, que tiene al ex asesor de Donald Trump, el estadounidense Steve Bannon, a uno de sus principales ideólogos, goza de una potencia impensada para la derecha hace tan solo algunos años.

Sus grandes líderes son el italiano Matteo Salvini y la francesa Marine Le Pen. Las políticas anti inmigración de Salvini, junto a sus declaraciones altisonantes y siempre polémicas, lejos de hacer mella en su imagen, la han agigantado a niveles que Italia no veía por lo menos desde Berlusconi.

En 2019 se negó a celebrar el 25 de abril, la fecha de la liberación de Italia del fascismo, por considerarla “una fecha comunista”. En los últimos tiempos se mostró en una particular sintonía con Viktor Orbán, Primer Ministro de Hungría.

Orbán cuenta con una aprobación histórica dentro de sus fronteras, que dice defender de manera férrea ante lo que

considera el “avance anti europeo” de la inmigración árabe y africana. En las parlamentarias húngaras de 2018 su partido fue el más votado. No son pocos quienes aseguran que se encuentra en una deriva autoritaria y que su gobierno se parece cada vez más a una autocracia. Si bien esto no parece hacerle perder apoyo popular en Hungría a quien es el hombre central de la política nacional desde hace ya treinta años.

Muchos analistas han querido ver en el ruso Vladimir Putin y en el Primer Ministro de Turquía Tayyip Erdogan a una especie de padres espirituales de los líderes que conforman la extrema derecha europea. Comparten muchas características, especialmente las tendencias tanto a la autocracia como al autoritarismo. También a intentos de mantener un cierto control por sobre los medios de comunicación.

No obstante, esto puede responder más a cierto *zeitgeist*<sup>7</sup> político que a influencias conscientes. Ese tipo de características no son muy diferentes al mismo Donald Trump o al presidente filipino Rodrigo Duterte. Y, a pesar de distintas denuncias de sectores progresistas, no se ha podido comprobar nada respecto de que el Kremlin los manejara desde las sombras.

Por ejemplo, el denominado *russiagate* en Estados Unidos —que se refería a una supuesta injerencia rusa en las elecciones norteamericanas y amenazaba con hacer tambalear la presidencia de Trump— ya fue desestimado. Por supuesto, es cierto que Putin se siente más cómodo con mandatarios euroescépticos. A Rusia le conviene que la Unión Europea como bloque pierda influencia. Por lo pronto, Putin es menos culpable del auge del extremismo europeo que los políticos tradicionales que hasta ahora se han visto incapaces de dar soluciones concretas.

---

7 Clima cultural.

En Austria, en mayo de 2019, se produjo la caída del líder del partido de extrema derecha FPÖ. Se filtró un video en el que se ve al Vicecanciller, Heinz-Christian Strache, manteniendo una charla con quien supuestamente sería la sobrina de un oligarca ruso.

El político se compromete a otorgarle las licitaciones sobre contratos públicos, a cambio de aportes económicos para la campaña electoral del partido. En la conversación también se lo ve participando al actual jefe de la bancada del FPÖ en el Parlamento austríaco, Johann Gudenus.

A pesar de que no se conoce la identidad real de la joven, muchos han aprovechado para volver a denunciar los supuestos lazos del Kremlin con los partidos de extrema derecha europeos. Antes de su llegada al poder, el FPÖ, firmó un acuerdo político de cooperación con Rusia Unida, el partido de Putin. Esto ha provocado también un escándalo diplomático, ya que los alemanes han declarado que se niegan a trabajar con el gobierno austríaco, debido a supuestas filtraciones de información hacia Rusia.

Sebastian Kurz es conocido por sus políticas conservadoras, especialmente en materia de inmigración, y apodado por algunos como “el Macron de la extrema derecha”. Es importante hacer notar que en Austria no existió un proceso de “desnazificación”, como sí lo hubo en Alemania. Y que no fueron pocos los dirigentes políticos posteriores a la Segunda Guerra Mundial que provenían de las antiguas filas del Nacional Socialismo en su juventud o que se negaban a condenarlo en su totalidad. Ejemplo de ello fue el caso de Kurt Waldheim, quien, luego de haber sido un activo militante nazi en su juventud, llegó a ser Secretario General de las Naciones Unidas en los setenta y presidente de Austria a finales de los ochenta.

Si se dan los resultados esperados, los partidos extremistas podrían llegar a lograr su mayor golpe electoral desde fina-

les de los años 30. Convirtiéndose, así, en la cuarta fuerza en el Parlamento común, tras los socialdemócratas, los conservadores y los verdes. No habría que descartar, en el futuro, una probable alianza con los conservadores, quienes deberán correrse cada vez más a la derecha para no perder sus bases electorales.

Es importante no dejar de notar que ideas políticas que hasta hace pocos años fueron marginales, hoy han logrado ponerse en la centralidad del tablero político. Algunos, incluso, ya gobiernan varios países importantes del continente europeo, como Italia, Hungría o Austria. Y no parecen encontrarse tan lejos de hacerlo en Francia.

Un ejemplo de ello es el caso alemán: en 2018, el ultranacionalista *Alternative für Deutschland* se convirtió en el primer partido de extrema derecha desde 1933 en conseguir asientos en el Bundestag. En el mediano plazo, la extrema derecha sigue preparándose para tomar nuevamente Europa por asalto.

## **El recuerdo de otra Italia**

Matteo Salvini logró en agosto pasado la aprobación por parte del Senado de su Decreto de Seguridad Bis, una normativa que reforzaba fuertemente la política anti inmigratoria de Italia. Si bien el líder de La Lega encontró algunas oposiciones en dirigentes de su socio en la coalición de gobierno, el Movimento Cincue Stelle, terminó consiguiendo los votos necesarios para su aprobación. Los enfrentamientos entre el entonces vicepresidente Salvini y Luigi Di Maio, líder de 5 Stelle, fueron aumentando hasta el punto que terminaron con el gobierno italiano de la Lega y el Cincue Stelle.

La normativa anti inmigración prevé cuantiosas multas para los barcos de organizaciones no gubernamentales que ingresen a aguas territoriales italianas. A su vez, contempla la posibilidad de secuestrar embarcaciones y duras penas de prisión para quienes comanden los barcos. Según la nueva ley italiana, los capitanes de embarcaciones que rescaten migrantes en el Mediterráneo son considerados “traficantes de personas”.

El decreto del líder de La Lega aparece luego de la liberación de Carola Rackete, la capitana de barco alemana que había sido detenida por rescatar migrantes africanos en el mar y dejarlos en tierra firme italiana a pesar de las advertencias de las autoridades portuarias. Curiosamente, la agrupación de Silvio Berlusconi, Forza Italia, se abstuvo en la votación. El ex mandatario, nunca alejado del todo de la política a pesar de sus varias condenas judiciales, suele criticar a su ex socio, a quien considera demasiado extremista y “anti sistema”.

El ex presidente del Senado, Pietro Grasso, uno de los opositores más férreos a Salvini en la Cámara, declaró que: “Paso a paso estáis transformando el templo de la democracia en esa aula sorda y gris, en esa hoguera de manipulaciones evocadas en un período del que algunos sienten nostalgia”.

La referencia a los tiempos de Benito Mussolini no es casual. En 2019, Salvini rompió con una larga tradición de los gobiernos italianos, al no celebrar el 5 de abril, día de la liberación de Italia de las fuerzas fascistas. El líder legista ha reivindicado abiertamente en numerosas ocasiones la obra de gobierno del Duce, que en el último tiempo ha gozado de cierta reivindicación entre algunos sectores empobrecidos de la sociedad italiana.

El polémico estilo de Salvini, políticamente incorrecto hasta niveles que harían sonrojar al mismo Donald Trump, parece ganarle votos día a día entre los ciudadanos italianos. Su forma de mostrar su vida diaria en las redes sociales, sus vacaciones balnearias, alejadas de la opulencia de Berlusconi, lo muestran como un italiano más. Su popularidad actualmente se encuentra a niveles tan altos que parece prácticamente invencible en elecciones.

Su máxima oposición proviene curiosamente de un argentino. Jorge Mario Bergoglio. Conocido por todos los italianos como el Papa Francisco, ha criticado duramente las políticas

“en base al odio y la exclusión”. Sin nombrarlos, apunta directamente contra partidos como La Lega.

Salvini suele usar un rosario en sus actos, consciente de la fuerte importancia simbólica de la religión católica para los italianos. Sin embargo, no han sido pocas las ocasiones en las que ha rezado en público para que el actual Papa dimita y asuma otro, más cercano a sus posiciones políticas.

Sumamente sensible a la cuestión de los migrantes forzados, comúnmente Francisco sube al Papamóvil a refugiados o se fotografía con ellos. Tanto su discurso como sus constantes gestos lo han convertido en el blanco número uno de los ataques de Salvini, quien acostumbra a subir memes a sus redes sociales, criticándolo duramente.

Otro de los objetivos constantes del italiano es el francés Emmanuel Macron, quien también lo ha criticado por su política inmigratoria. Esto ha llevado a que Salvini incluso apoye los Chalecos Amarillos.

El complejo sistema de gobierno italiano hace que sean necesarias las coaliciones, muchas veces de una fragilidad extrema. El país europeo tuvo 57 gobiernos en los últimos 63 años. Dirigentes como el demócrata cristiano Giulio Andreotti o el conservador Silvio Berlusconi fueron curiosas excepciones a la regla de que todos los mandatarios italianos no suelen durar mucho tiempo.

Matteo Salvini, claramente aspira a convertirse en un líder fuerte y a largo plazo, de esos que tanto le gustan a los italianos. Su discurso contra “las élites”, la sede de la Unión Europea y la burocracia supranacional de Bruselas, tiene fuerte calado en los ciudadanos de a pie. También lo tiene su retórica anti inmigración, contraria a las minorías y de fuerte rechazo a todas las cuestiones de género.

La Lega logró algo que hace una década hubiera sido prácticamente un milagro: arrasar no sólo en el rico y poderoso



norte sino también en el empobrecido sur, histórico bastión de la izquierda. Italia es un país de facciones, internas y contradicciones; Salvini, un hombre sin educación universitaria, fogueado en luchas callejeras anti globalización durante los años noventa, ha demostrado saber capearlas muy bien.

## Una caída de estilo

En Italia existe una expresión muy extendida: “caduta di stile”, o “caída de estilo”. Es decir, que se quiten las caretas, que se deshaga un personaje cuidadosamente construido, para dar paso a la verdadera esencia de la persona.

Eso es lo peor que le puede pasar a un italiano, y ni hablar si se trata de alguien público, especialmente un dirigente político. Silvio Berlusconi, a pesar de sus escándalos de toda índole, nunca terminó de perderla, para hoy mantener cierta aura de estadista liberal y empresario infalible: una mezcla de Giulio Andreotti y Gianni Agnelli.

Matteo Salvini había construido gran parte de su popularidad y mística política en base a un personaje dotado de una supuesta infalibilidad. No obstante, esto no le alcanzó y quedó afuera del nuevo gobierno italiano.

Tras intensas negociaciones, Giuseppe Conte volvió a convertirse en Primer Ministro luego de un breve período fuera del ejecutivo tras su renuncia. El Presidente Sergio Mattarella demostró ser mucho más que un mero tecnócrata, dando un golpe sobre la mesa y propiciando la nueva formación.

Fue Andreotti, apodado Il Divo, por su impecable estética, quien, refiriéndose a la política española de la época de la transición, acuñó la frase “manca finezza”. La “falta de muñeca” política se ha visto patente en los últimos días. Así como también su contracara: Sergio Mattarella y Giuseppe Conte movieron sus piezas de manera espectacular para enviar al ostracismo temporal a Salvini, contra todo pronóstico

Si bien tres meses en la política de Italia pueden convertirse en tres eternidades, por ahora Salvini ha perdido su pulsera personal con la clase política “tradicional”. Le será más complejo hacer campaña desde el llano, sin contar con los recursos estatales.

Algo que por estas horas debe tener al ex hombre fuerte particularmente molesto es que Conte y Mattarella se reunieron con Emmanuel Macron, pasando página a 14 meses de hostilidades diplomáticas debido a la cuestión de la inmigración.

Enemigo declarado de Salvini, el francés es uno de los grandes ganadores dentro de la Unión Europea con el nuevo reparto de poder italiano. El líder legista llegó a proferir insultos contra Macron en sus redes sociales, apoyando públicamente a los Chalecos Amarillos.

No son pocos quienes en los cafés, comercios y demás lugares de reunión de la vida pública italiana, desprecian al nuevo ejecutivo como un “gobierno de palacio”. Otros ven la injerencia de Bruselas e incluso de Donald Trump, quien contrario a lo que cabía esperar, se reveló contra Salvini y apoyó decididamente a Conte.

El Primer Ministro había renunciado acusando a su ex compañero en el gobierno de ser un “irresponsable” y un “oportunista”. El Movimiento Cinco Estrellas y el Partido Democrático se aliaron a pesar de los pronósticos que lo auguraban imposible, constituyendo así un gobierno de centro

izquierda, pro globalista y alineado con la Unión Europea. Renzi formó su propio partido, acusando a sus ex compañeros del PD de “fuego amigo”. De todas maneras, continuará apoyando a la coalición del PD y Cinco Estrellas.

No es difícil notar cierto hastío del pueblo de a pie para con la “burocracia estatal”. Hay una extendida idea en Italia de que los miembros de la clase política se atornillan en el poder para repartirse siempre los cargos entre ellos. Salvini ha sabido aprovecharse muy bien de esto, mostrándose como un *outsider* que viene a romper con los privilegios sectoriales. Este nuevo armado de laboratorio puede llegar a favorecerlo a largo plazo si sabe jugar bien sus cartas.

La popularidad del líder de La Lega sigue en niveles relativamente altos. Si bien su imagen cayó unos cinco puntos porcentuales según algunos sondeos, sigue sosteniendo una intención de voto superior al 30%. Con esos datos, ningún político del país está en condiciones de hacerle frente.

Sin embargo, su estrategia, que consistía en dinamitar el gobierno del que formaba parte, con el objetivo de constituir uno nuevo convocando a elecciones, no funcionó. Seguramente tanto él como Conte o Renzi sigan siendo las figuras principales de la política italiana por las próximas décadas. Si no sucede ninguna “caída de estilo” inesperada, nada parece indicar otra cosa.

## Francisco, el peor enemigo de Salvini

En las jornadas previas a las elecciones parlamentarias europeas, el Papa Francisco volvió a estar, literalmente, en las primeras planas de la política italiana. Fue portada de la revista L'Espresso: ataviado con la máscara del Zorro, se lo presenta como un férreo opositor a las medidas que viene llevando adelante Matteo Salvini.

Francisco no necesita oponerse explícitamente a las políticas del líder de La Lega. Sus posturas públicas acerca de cuestiones particularmente sensibles, como la inmigración o el cuidado del ambiente, no podrían ser más diferentes. Mientras Francisco repite a quien quiera escucharlo la necesidad de construir puentes, Salvini habla de la necesidad de bloquear la entrada de los inmigrantes.

Al mismo tiempo que Francisco explica cómo no debe llevarse adelante una política a partir del odio y la exclusión, el italiano prefiere revalorizar su capital político a partir de su fuerte postura anti inmigratoria y contraria a las minorías de toda clase.

Algo que parece haber caído especialmente mal en el seno de la Iglesia fue que en algunos mítines de campaña el dirigente sacó un rosario para rezar contra Francisco.

Salvini, que se auto define como católico, ha comenzado a tejer sus redes con los sectores más reaccionarios de la curia.

Con quien también se suele relacionar al Vicepresidente del Consejo de Ministros italiano es con el cardenal norteamericano Raymond Leo Burke. Nacido en Wisconsin, se lo considera representante del sector más reaccionario de la Iglesia Católica, duramente enfrentado a Francisco. Bannon le aconsejó al hombre fuerte del gobierno italiano que critique al Sumo Pontífice. Según las palabras del gurú de la ultraderecha internacional, Francisco “es el enemigo”.

Durante el mes de mayo de 2019 se produjo un duro cruce entre Salvini y el cardenal polaco Konrad Krajewski. El clérigo es limosnero pontificio, un hombre cercano al Papa Francisco. El sábado 11 de mayo, Krajewski bajó por una alcantarilla para reactivar la electricidad en un edificio que se encontraba ocupado por 500 personas que se encontraban sin luz eléctrica hacía seis días por falta de pago.

Salvini, vía redes sociales, criticó la actitud del cardenal y le ordenó pagar las facturas atrasadas. En tono jocoso, el polaco le respondió que también iba a pagarle las suyas si era necesario. El hombre cercano a Francisco dijo que actuó “de acuerdo al Evangelio” y por “motivos de humanidad”.

La respuesta de los simpatizantes salvinistas, integrantes de un grupo neofascista, Forza Nuova, no se hizo esperar. En el Ángelus del día siguiente apareció un cartel en el Vaticano que decía “Bergoglio come Badoglio - stop immigrazione”. La referencia no es gratuita: Pietro Badoglio fue un general que sucedió en 1943 a Benito Mussolini y sacó a Italia de la Segunda Guerra Mundial. Es considerado un traidor por los fascistas. Pocos días después, durante la audiencia general de

los miércoles en la Plaza de San Pedro, Francisco subió a ocho niños refugiados al Papamóvil.

Algunos sacerdotes cercanos a Francisco, incluso, llegaron a decir que no se puede ser cristiano al mismo tiempo que votar por La Lega. Esto, en un país como Italia, donde el 89,9% de la población se declara católica y el 36,8% se identifica como practicante, no es un dato menor. No se recuerda en la historia reciente una pelea tan marcada entre la Iglesia Católica y un gobierno italiano.

El editor de L'Espresso, Marco Damilano, escribió en la edición que lleva a Francisco en la tapa que: «Hoy es el papa Francisco quien interpreta esa cultura europea que otros no logran más defender. Es el punto de referencia de otra parte de Italia y de Europa: ésta que no sólo recibe y socorre a los solicitantes de asilo y a los inmigrantes, sino también a las periferias y a los barrios abandonados, a los enfermos y a los discapacitados dejados atrás por el *welfare*».

Mientras que algunos dicen “defender a Europa” del “avance migratorio”, dejan de lado la tradición de la ayuda humanitaria de la que los mismos europeos se beneficiaron durante el siglo XX. Dejar afuera seres humanos de manera intencionada, sólo logra una marginación que tiene como consecuencia el daño mismo de las naciones que lo llevan a cabo.

Durante 2018, según datos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), el número de migrantes muertos en el Mediterráneo fue superior a los 2.000. Salvini, incluso, llegó a ser denunciado en varias ocasiones por privación ilegítima de la libertad, ya que le negó a los embarcados la posibilidad de desembarcar en las costas italianas.

En un acto de campaña, frente a la iglesia más importante de Milán, el líder de ultraderecha se jactó de haber reducido el número de muertos en el Mediterráneo, “como quiere el

Papa Francisco”. Cuando nombró al Pontífice, se escucharon abucheos de los militantes. Acto seguido, se nombró a sí mismo defensor de los valores cristianos, hecho que le valió el repudio de gran parte de los católicos.

Nada parece indicar que Francisco deje de cuestionar duramente las políticas de Salvini en el futuro. Sobre todo por lo que figuras como el italiano, Burke o Bannon representan no sólo para Europa sino también para todo el mundo. Un planeta que está ávido de puentes, y no de muros.



## **Sardinas contra Salvini**

Italia cuenta con una larga historia de movimientos de protestas sociales extraños e irreverentes. Tras la crisis mundial de 2008 surgieron varios. El más importante de ellos fue el Movimiento Cincue Stelle (Movimiento Cinco Estrellas) del cómico Beppe Grillo. Finalmente se convirtió en un partido político que llegó a compartir coalición de gobierno con la ultra derecha, antes de estallar por los aires y formar nuevo gobierno con partidos de centro.

La crisis de representación que vive la política europea en general y la italiana en particular hace que los partidos políticos tradicionales no encuentren respuesta a los reclamos de amplias capas de la población. Ello, en algo, explica gran parte del éxito de personajes populistas con estilos llenos de desparpajo, como Matteo Salvini y La Liga.

Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, comienza a surgir un movimiento que desde la izquierda pueda darle respuesta a los reclamos de los sectores juveniles, enojados con las políticas ultra derechistas del que hoy es el político más

popular de Italia, aunque haya quedado fuera del gobierno debido a las maniobras de palacio.

Las Sardinas es un movimiento surgido en Bolonia, a finales del año 2019. Fue durante un acto de Salvini para las elecciones autonómicas de la región de la Emilia-Romaña, donde más de quince mil jóvenes se reunieron para protestar contra la presencia del líder de La Liga en la plaza mayor de la ciudad.

Allí le dieron nombre al movimiento, jugando con el número de personas que se encontraban apretadas en el poco espacio físico que representaba la plaza. Dijeron: “Una sardina sola es un bocadillo para un tiburón, pero un banco de sardinas que nadan en forma de tiburón son invencibles”. El movimiento es sumamente heterogéneo, no se define ni de izquierda ni de derecha, aunque es claramente cercano al progresismo. Su objetivo es rechazar abiertamente las consignas anti inmigración, homofóbicas, contrarias a las minorías y llenas de odio que utiliza constantemente Salvini para dirigirse a su electorado. Ésta fue apenas la primera aparición de muchas.

El hombre fuerte de la ultraderecha italiana logró cimentar su enorme popularidad a través de viajar todo el tiempo por el interior del país. Realizando actos multitudinarios donde logra tener contacto con sus simpatizantes de manera directa.

Además, un uso de las redes sociales bastante poco tradicional ha conseguido granjearle cada vez más seguidores. Los jóvenes que crearon Las Sardinas han tomado nota de esto y lo han usado para su propio crecimiento. Si Salvini tiene un acto público en una ciudad del interior, allí están ellos, protestando contra su presencia. Apretados, en algún lugar público, allí lanzan sus propios eslóganes.

Después del mitin de Bolonia, siete mil sardinas se apostaron en Módena para rechazar a Salvini. Esta operación se repitió nuevamente en todas las ciudades a donde Salvini se dirigió para encabezar actos: Florencia, Milán, Turín, Caglia-

ri, Nápoles, Palermo. Siempre en contingentes que oscilaban entre las tres mil y las veinte mil personas.

La heterogeneidad del movimiento radica en que sus integrantes tienen diversas edades y procedencias políticas y sociales. Tampoco tiene una conducción, aunque fue creado por cuatro jóvenes de Bolonia. El más conocido de ellos es un economista de 32 años llamado Mattia Santori. El joven asegura que no son sólo anti salvinistas sino que también pretenden una “reconstrucción del tejido democrático italiano”.

El movimiento está formado desde jóvenes como Santori y sus amigos a monjas de más de ochenta años que, en línea con el Papa Francisco, rechazan fervientemente el discurso anti inmigración de la ultra derecha.

Aunque las Sardinas ya irrumpieron en la centralidad de la vida política italiana, todavía tienen su mayor desafío por delante: encauzar políticamente el movimiento. Por ahora han declarado que no tienen intenciones de formar un partido político ni presentarse a elecciones, lo que no le augura un buen futuro.

Siempre que surgen este tipo de fenómenos populares aparece el mayor de los dilemas: estructurarse de manera orgánica, a riesgo de perder potencia movimientista. También puede suceder que, al no tener conducción clara, los reclamos se difuminen y se queden sin capacidad de presión. Fue lo que terminó pasando con los indignados en España, al igual que con Occupy Wall Street en los Estados Unidos.

El máximo desafío de las Sardinas, entonces, será organizarse de manera que no pierdan lo que las hace particulares. Al mismo tiempo que construir una serie de reclamos que vayan más allá del rechazo contra las políticas de Salvini. Ellos aseguran ser la pregunta y no la respuesta. Por lo pronto, su irrupción es sumamente positiva en un panorama político tan anquilosado como el italiano.



## Herederos de Franco

A pesar de lo que muchos pensaban, el auge de formaciones políticas de extrema derechas en Europa no ha sido ajeno a España. El país ibérico fue, junto a Portugal, uno de los últimos Estados de Europa central en ser gobernados por una dictadura. El General Francisco Franco se convirtió en jefe de Estado en 1939 tras el final de una cruenta Guerra Civil y ejerció el poder con mano de hierro hasta su muerte por causas naturales en 1975. Sobrevivió, incluso, a la caída del régimen fascista italiano y del nazismo alemán tras la Segunda Guerra Mundial.

Aunque nunca ocultó sus simpatías para con el bando del Eje, su neutralidad sirvió para que, al finalizar el conflicto, los Aliados lo vieran más como alguien que podía ayudarlos en la lucha contra el comunismo que como un líder fascista. Durante su dictadura se calcula que existieron aproximadamente unos 114.000 desaparecidos. Y, de acuerdo a la Asociación de Jueces para la Democracia, España es, después de Camboya, el segundo país del mundo en cantidad de desaparecidos sin identificar.

No obstante, los representantes de Vox, el partido de extrema derecha que hizo su irrupción en la política electoral española ganando las elecciones regionales de Andalucía a finales del año pasado, aseguran que el franquismo “no fue una dictadura” y que gozó de gran legitimidad popular. Por supuesto, simpatizantes de Franco existieron en toda la historia de la democracia española, integrados en uno de los mayores partidos del país, el Partido Popular (PP).

Pero nunca se mostraron tan abiertamente como ahora hacen muchos de los miembros de Vox. Hay quienes dicen que el partido no podría ser parte del juego democrático, ya que niega las mismas bases de la democracia. Sin embargo, afirmar esto es peligroso. Las formaciones de extrema derecha deben ser derrotadas en el terreno de la legitimidad popular, y mientras existan grietas tan grandes dentro del sistema que permitan que gran cantidad de ciudadanos se sientan atraídos por estas propuestas, esto será cada vez más difícil.

Vox no pudo participar del primer debate presidencial debido a que no tiene la representatividad necesaria para hacerlo. Esto fue aprovechado por sus miembros para hablar de censura. Según muchas de las encuestas podrían llegar a obtener hasta 26 escaños. Si logran formar una alianza con el PP y Ciudadanos, aprovechando la división de la izquierda, podrían llegar a conformar un nuevo gobierno. Para su éxito electoral y potencial participación en la gestión, el partido primero ha debido mostrarse como una fuerza democrática y renovadora. Para esto, necesitó ocultar simpatías conocidas de muchos de sus representantes principales con el franquismo.

Incluso ha destituido a varios miembros de su cúpula cuando se filtraron conversaciones respecto de donaciones de la Fundación Francisco Franco. En sus listas para las próximas elecciones se encuentran dos generales retirados. En consonancia con el discurso del partido, aseguran que en

España corre peligro la unidad del país debido a los intentos secesionistas catalanes y a pedidos de más autonomía por parte de distintas regiones.

Ideológicamente, Vox no está lejano a otros partidos de su mismo espectro. Aunque ha ido un paso más allá al asegurar que la “violencia de género no existe” y que hay que reformar la ley al respecto en España. Las mujeres del partido recientemente grabaron un spot contra el feminismo.

Acusan a la ideología de género de ser culpable de muchos de los problemas que viven tanto España como Europa. Por supuesto, también apuntan varios de sus dardos contra la inmigración, especialmente de países africanos o musulmanes. Según Steve Bannon: “Sin dudas, Vox es un partido nacional populista”.

Algunos de sus candidatos incluso sostienen vínculos con viejos círculos falangistas. Otros han llegado a negar públicamente la existencia del Holocausto. A diferencia de otros partidos auspiciados por Bannon, Vox no se define como “anti globalistas” ni cuestiona la autoridad de Bruselas. Económicamente son liberales mucho más cercanos al PP que a Marine Le Pen.

Hay quienes aseguraban que España, justamente al haber tenido una dictadura tan larga y tan brutal, iba a quedar indemne del avance mundial de la extrema derecha. Esto viene siendo desmentido por la irrupción de Vox. Hay que decir, también, que además del franquismo, el país tiene una larga tradición ideológica al respecto.

Por ejemplo, el histórico fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, escribió y teorizó largo y tendido sobre el tema, llegando a crear una especie de fascismo “a la española”. Primo de Rivera fue fusilado durante la Guerra Civil por el bando republicano, lo que no impidió que se convirtiera en un referente ideológico y en una especie de mártir, mucho

menos incómodo que Franco, al no haber tenido participación en la dictadura. A su vez, fundó el Partido Falange, en 1934, uno de los más antiguos de la historia española.

Llegó a tener representantes en todas las regiones, pero en las últimas elecciones sólo logró presentar candidatos en cuatro provincias. Algunos creen que esto se debe a que todos los cuadros de derecha migraron hacia Vox. Pero el actual jefe nacional falangista, José Pico, acusa a Santiago Abascal, líder de Vox, de “moderado”.

Por lo pronto, España se debate entre facciones que parecían enterradas hacía mucho tiempo. El gobierno del PSOE, sin legitimidad en las urnas debido a que surgió tras la destitución de Rajoy, no ha podido solucionar algunos de los problemas básicos que aquejan al país. Podemos se encuentra dividida y los regionalismos parecen cada día más fuertes, siendo Cataluña apenas la punta del *iceberg*.

En este contexto, y aprovechándose del auge que este tipo de ideas están teniendo no sólo en Europa sino en todo el mundo, Vox ha encontrado el momento justo para presentarse en sociedad. En España, a diferencia de otros países europeos, la inmigración no es una cuestión que ocupe un lugar tan central en la agenda pública.

Endureciendo el discurso histórico del Partido Popular, le quitan votantes por derecha. A pesar de que muchos se entusiasmaron cuando tras la crisis de los indignados surgió Podemos, finalmente el partido no logró convertirse en una opción seria de poder. Estará por verse cuál es el éxito a mediano o a largo plazo de la ultra derecha. Por lo pronto, aunque paradójicamente no parece que puedan adaptarse fácilmente a la vida democrática, están ganando adeptos a pasos agigantados.



## Los Chalecos Amarillos, en su casa

A pesar del paso de las semanas, las protestas de los Chalecos Amarillos en Francia, que comenzaron como una serie de revueltas en París, sosteniendo algunos reclamos puntuales, se extendieron al resto del país, como síntoma de un malestar mucho mayor con el sistema predominante.

Sin embargo, a pesar de la simpatía que muchos sectores progresistas latinoamericanos o argentinos sienten por las protestas, no todo es tan sencillo como parece. Y el rechazo visceral que sienten los manifestantes no necesariamente es hacia el capitalismo *per se* ni a la globalización en el sentido estrictamente económico, sino también a la idea del multiculturalismo.

Sumado ello a un fuerte sentimiento reivindicativo de “lo francés”, debido al temor que les genera el avance inmigratorio, especialmente árabe y africano. Está muy extendida la idea de que Francia es “su casa”, en contraposición a los que consideran “intrusos”.

El escritor galo Michel Houellebecq editó a comienzos de

2019 su última novela: “Serotonina”. Ya en 2015 había estado en el centro de la polémica por “Sumisión”, que, salida a la venta el mismo día que un grupo de islamistas extremistas irrumpió en las oficinas de Charlie Hebdo asesinando a doce personas, imaginaba una Francia gobernada por musulmanes.

En Serotonina, el autor de “Las partículas elementales” describe una Francia rural que detesta a la Unión Europea y a las élites burguesas de las capitales. Sin embargo, no por ello son “progresistas” como el término se entiende por estas latitudes. Tienen posiciones xenófobas, anti minorías y, especialmente, anti liberales en todo el sentido de la palabra, Tanto en lo económico como en lo político y lo social. Todos condenan la violencia de los manifestantes, pero lo que las élites no entienden, escribe el novelista, es “la cólera y la desesperanza de los agricultores”.

Este escenario no podría ser más propicio para que una dirigente como Marine Le Pen soñara con comenzar a acercarse realmente al poder. En las elecciones para el Parlamento Europeo de mayo de 2019, su Agrupación Nacional encabeza todas las encuestas. Ella no será candidata, sino un joven de tan solo 23 años que ya parece ser la nueva promesa de la extrema derecha europea. Jordan Bardella tiene un discurso prácticamente calcado al de su mentora, aunque ambos vienen suavizándolo en los últimos años, a medida que se aproximan cada vez más a gobernar el país. Si Houellebecq lo hubiese escrito hace una década, lo habrían acusado de poco verosímil.

Nadie ha podido capitalizar tanto como Le Pen, hasta ahora, el descontento social que se vive en Francia a partir del estallido de la crisis.

En su lanzamiento de campaña, la líder derechista se refirió a Macron diciendo que éste tiene “desprecio de clase” frente a los manifestantes. Lo cierto es que muchos de ellos coinciden con esta mirada. El presidente proviene de un sector que

representa absolutamente todo lo que ellos detestan.

Integrante de la élite intelectual y financiera del país, Macron es un académico reconocido en el campo de la filosofía, pero también trabajó para la banca Rothschild. Es un fiel exponente de esas élites supuestamente amables a las diversidades sexuales o raciales, que favorecen la inmigración, y que suelen gustar especialmente en las clases medias urbanas con títulos universitarios, pero que se mantienen completamente ajenas a lo que sucede realmente tanto en las periferias de las grandes capitales como en el interior rural del país. Parte de los “oligarcas parisinos”, como suele adjetivarlos Marine Le Pen.

En Europa, paradójicamente, parece ser la derecha la que ha tomado la capacidad de movilización y de defensa de las conquistas de los trabajadores que históricamente fue de la izquierda, hoy más concentrada en la defensa de las minorías. Macron, incluso, ha dicho en una reunión ministerial que Le Pen “ha sido la que mejor ha estado y eso debe interpelarnos”.

La vitalidad del movimiento de extrema derecha en el mundo, pero especialmente en Europa, no podría ser tal si no existieran tantas personas afuera de las lógicas de producción y consumo impuestas por la globalización. Por ello no debería sorprender que entre los Chalecos Amarillos la Agrupación Nacional goce de un 40% de apoyo mientras que Francia Insuñada, de Jean-Luc Mélenchon, de izquierda, sólo cosecha un 20%. Es preocupante, si se tienen en cuenta los episodios xenófobos protagonizados por los manifestantes en su momento, tanto contra judíos como contra inmigrantes. Un caso resonante fue el del filósofo francés Alain Finkielkraut, atacado al grito de “Francia es nuestra”.

Además de gritar “Macron dimisión”, una de las consignas del movimiento suele ser “estamos en nuestra casa”. Por ello, también, son saludados constantemente por Matteo Salvini,

quien no soporta a Macron, y ve en Le Pen a una aliada más que importante en su cruzada anti UE, pero especialmente anti inmigración.

No obstante los meses de protesta, que hubieran derrocado a cualquier presidente, y los índices de aprobación más bajos de los que se tenga memoria en un presidente francés, Macron parece inamovible. El apoyo que le brinda tanto Bruselas como las élites financieras y los grupos mediáticos es inestimable. Es, por ahora, una de las únicas esperanzas que tienen los partidarios de la globalización. Más aun tras la caída en desgracia de Trudeau.

Si Francia “cae” en manos de los nacionalistas, euroescépticos y extremistas comandados por Marine Le Pen, poco quedará de la Unión Europea tal y como la conocemos. Mientras tanto, los Chalecos Amarillos vienen haciendo mucho para que algo así suceda.

## **Desenterrar la arena: Sobre los *gilet jaunes* y la cultura política francesa**

Decía el revolucionario y médico francés asesinado en 1793, Jean-Paul Marat, que era necesario “organizar el despotismo de la libertad contra el despotismo de los reyes”. Marat, hombre clave de la Revolución Francesa, luego identificado como la cara visible de los excesos revolucionarios, tras el fin de la llamada etapa del Terror y la caída de la República, no podría haber supuesto nunca que más de 200 años después, en la Francia (y el mundo) de 2018, los reyes serían las finanzas internacionales sin rostro, las élites globalistas y un importante sector de la clase política tradicional, mientras que el pueblo oprimido seguiría siendo el mismo.

Charles De Gaulle, quien fuera héroe de la resistencia contra los nazis, fundador de la Va República y mandatario francés por poco más de diez años, supo decir que tanto el deseo de privilegio como el gusto por la igualdad son “pasiones dominantes y contradictorias de los franceses de toda época”.

Lo cierto es que históricamente se ha exigido en Francia garantizar servicios sociales como la educación y la salud, a la

vez que la reducción de impuestos, considerados extremadamente altos por la amplia mayoría de los franceses, siempre reticentes a la acción recaudadora del Estado, quizás, en parte, como herencia de la revolución de 1789, en una manera similar a los norteamericanos.

No es un dato menor que la chispa que comenzó el incendio en su momento fuera el aumento en los precios de los combustibles, y que una de las mayores exigencias del movimiento sea la de reducir los impuestos.

Otra de las famosas máximas gaullistas puede servir hoy para entender qué moviliza a los seguidores de la Agrupación Nacional, conducida por Marine Le Pen: “No hay que engañarse. Está muy bien que haya franceses amarillos, franceses negros y franceses morenos. Eso enseña al mundo que Francia está abierta a todas las razas y que tiene una vocación universal. Pero con la condición de que sean una pequeña minoría. Si no fuera así, Francia no sería Francia. Somos todos, ante todo, un pueblo europeo de raza blanca, de cultura griega y latina y de religión cristiana. Basta de cuentos”.

Por ahora, junto a Jean-Luc Mélenchon, del frente de izquierda Francia Insumisa, la líder de extrema derecha parece ser la única dirigente política capaz de encarnar el descontento popular, con un discurso que interpela tanto a los sectores trabajadores empobrecidos como a las capas medias descontentas con la inmigración, especialmente proveniente de países árabes y africanos.

Finalmente, Emmanuel Macron se vio obligado a anunciar una buena batería de medidas, entre ellas: un aumento de €100 en el salario mínimo para 2019; cancelar el aumento de CGS (Contribución Social) para jubilaciones menores a €2.000; exención impositiva para horas extras a partir de 2019.

El movimiento de protestas contra el presidente dejó en claro que este tipo de medidas sólo benefician a las grandes

compañías, por ejemplo, al no ser parte del régimen fiscal; las horas extras sólo significan menos cargas sociales para el empleador. A su vez, el presidente continuó sin dar respuesta a los reclamos que exigen la eliminación del impuesto a la riqueza.

Desde que fuera electo en 2017, Macron fue visto como la gran esperanza de la élite liberal mundial globalista. Sin embargo, la realidad comienza a llevarse puesto el paradigma del multilateralismo y de la globalización como ente supremo que viene a solucionar todos los problemas; mientras el presidente no logre resolver los conflictos estructurales de la sociedad francesa, siembra un terreno extremadamente fértil para el crecimiento del Frente Nacional de Le Pen.

Nadie imaginó, hace unos años, que iba a surgir un Trump, que se le iban a sumar Salvini, Duterte, Bolsonaro, o que Putin iba a revalorizarse de esta forma, rodeado de líderes que lo admiran o se ven como semejantes. A veces la historia no va por donde debería ir, y los futuros posibles se incendian, como los Campos Elíseos en las últimas semanas.

Los *gilet jaunes* vienen demostrando, en consonancia con la historia política francesa que las reivindicaciones se conquistan a través de la lucha organizada, exigiendo y demandando.

No está de más recordar que Francia no sólo dio al mundo la primera de las llamadas revoluciones burguesas, sino que, también, en París se produjo la primera experiencia socialista de la historia, la Comuna de 1871, además de las sonadas protestas que se dieron en el mayo del 68, donde los estudiantes escribían que abajo de los adoquines estaba la playa. Por lo pronto, los Chalecos Amarillos parecen haber comenzado a desenterrar la arena.





## América Latina

A pesar de que podría pensarse, que el fenómeno “anti globalista” y de ultraderecha no llegaría hasta América Latina, hoy, un dirigente político que se ubica en ese espectro gobierna nada más y nada menos que el país más grande de la región. No sólo eso, sino que su hijo, Eduardo, forma parte abiertamente de The Movement.

Por ello, en este capítulo se analizan las ramificaciones e influencias de El Movimiento de Steve Bannon y los movimientos ultraderechistas en América Latina. Fueron ganando influencia en la región, especialmente a partir de sus alianzas con sectores religiosos ultra conservadores como la Iglesia Universal.

Su poder se vio reflejado, además de la elección de Jair Bolsonaro en Brasil, en el golpe de Estado que derrocó a Evo Morales en Bolivia, en el relativo éxito electoral de un ex militar ultranacionalista en Uruguay, o en la irrupción en la vida política peruana de un partido ultra religioso, de ideología agraria y extremadamente conservador.

Ya lejos de los tiempos de la integración regional, con la UNASUR desarticulada y con el MERCOSUR en riesgo real de desintegrarse, es importante prestar atención a lo que sucede con El Movimiento en la región.



## **La puerta de entrada para “El Movimiento” de Steve Bannon en América Latina**

En los últimos meses, el estadounidense Steve Bannon ha comenzado a hacer pie en América Latina. Aprovechándose de la aparición de Jair Bolsonaro como presidente de Brasil, el empresario mediático y gurú de la extrema derecha mundial encontró en el mandatario brasileño a un aliado fundamental para intentar impulsar su movimiento en la región. Si bien por ahora esto parece una tarea complicada, Bannon ya comenzó a andar un camino de consecuencias poco predecibles para el mundo y, especialmente, para América Latina.

El ex director ejecutivo del medio ultraderechista Breitbart conoció a Eduardo Bolsonaro cuando su padre era aún un diputado con discurso “antisistema” aspirante a la presidencia de su país. Se reunieron por primera vez en agosto de 2018. El hijo del presidente, además de haber sido el diputado federal más votado de la historia de Brasil, cuenta con el dudoso honor de ser el primer representante en América Latina del movimiento de Steve Bannon.

Steve Bannon conduce una agrupación con presunciones

de convertirse en una especie de internacional de la nueva derecha mundial. Si bien El Movimiento, que tiene su sede principal en Bruselas, parecía centrarse especialmente en Europa, ha comenzado tímidamente a desembarcar en América Latina a través de Brasil.

Más allá de ser una especie de inspiración intelectual para algunos sectores de extrema derecha europeos, el norteamericano no logró insertarse allí como pretendía. La francesa Marine Le Pen y el italiano Matteo Salvini lanzaron su alianza en octubre pasado en medio de guiños hacia la clase trabajadora. En ese acto, celebrado en la sede de un histórico gremio italiano, la francesa declaró que “Steve Bannon no tiene nada que hacer para salvar a Europa”. Sin embargo, su figura parece haber calado de otra manera para la derecha vernácula. Una derecha que hoy se siente fresca, y con nuevos bríos.

Ideológicamente, “El Movimiento” de Bannon presenta un rechazo absolutamente visceral a todo lo que huelga a progresismo y a lo que la extrema derecha considera “marxismo cultural”. Su eje en la región no es tanto la problemática de la inmigración, como sucede en Europa, sino más bien todo lo que tenga que ver con lo que la derecha denomina “ideología de género”: el movimiento feminista, y las disidencias sexuales<sup>8</sup>. Centran gran parte de sus ataques contra la comunidad LGBTIQ+. En diciembre pasado se llevó a cabo en Foz de Iguazú una cumbre internacional de

---

8 A través de eso se intenta polarizar con los movimientos nacional-populares. De esa manera se busca dividir a los movimientos heterogéneos, integrados por gente que, desde un punto de vista europeo, se catalogarían de “derecha” y de “izquierda”.

Básicamente el objetivo de The Movement es organizar partidos políticos de carácter conservador social, neoliberales y que sostengan la visión periférica. Este “movimiento” de sistema surge en América Latina ante la incapacidad de los partidos “socialdemócratas” de ganar elecciones contra los movimientos nacional-populares.

estos sectores conservadores. Fue organizada por Eduardo Bolsonaro, hijo del presidente brasileño y uno de los más prominentes representantes de The Movement en la región.

Al momento de referirse a su doctrina, el diputado oficialista brasileño Fernando Francischini la definió muy bien diciendo que es: “liberal en la economía, conservador en las costumbres; y poner a la familia por encima de todo”. Esto también diferencia a la versión latinoamericana de la europea, ya que extremistas como Marine Le Pen, Matteo Salvini o Viktor Orbán se reivindican proteccionistas en lo económico.

El hijo de Bolsonaro, en febrero pasado, se refirió a su entrada a El Movimiento. Afirmó estar trabajando para “unir al nacionalismo de sentido común”, al mismo tiempo que dijo estar esperanzado por el “trabajo de Bannon en Europa” para “rechazar el Pacto Mundial sobre Migración”. Esa idea del “sentido común” a la que se refiere Eduardo Bolsonaro, siempre estuvo muy presente en la derecha. Frente a “lo ideológico”, se impone “la realidad”.

Durante 2019, el mandatario brasileño visitó Estados Unidos para encontrarse con su par norteamericano. A pesar de que Bannon ya no es oficialmente asesor de la administración Trump, fue invitado de honor –por Bolsonaro– a la cena en la residencia del embajador de Brasil en Washington. Según el periódico Miami Herald, fue acompañado por varios teóricos conservadores. La idea de Bannon es construir una alianza entre la Italia de Salvini, la Hungría de Orbán, los USA de Trump y el Brasil de Bolsonaro. Quizás, incluso, también con una probable Francia presidida en el futuro por el Frente Nacional que comanda Marine Le Pen.

---

9 Es importante aclarar en este punto que se trata de un “nacionalismo” profundamente conservador, de élite, que es más bien de corte ofensivo y nada tiene que ver con un nacionalismo popular que surge como reflejo anti imperialista.

El fenómeno de la inmigración hace varios años que es parte de la agenda más o menos central de muchos países de América Latina. Sin embargo, aprovecharse de eso para buscar culpables de todos los males en los inmigrantes, y decir que “se desnaturaliza la cultura local”, como sostiene Bannon junto a los extremistas europeos, no tendría mucho sentido en la región<sup>10</sup>.

Mientras que en Europa el debate sobre la nueva influencia cultural de los inmigrantes musulmanes es campo fértil para la entrada de los partidos de extrema derecha, en América Latina se intenta apelar simplemente a los viejos estereotipos racistas. Según datos de la CEPAL, el 73% de los migrantes que reciben las ciudades de América Latina y el Caribe son de origen interno. El 78% de los migrantes se dirige a los grandes centros urbanos, reeditando de alguna manera el fenómeno de migración del campo a la ciudad que se dio en las primeras décadas del siglo XX.

Bolsonaro, en su discurso a la Asamblea General de Naciones Unidas en enero pasado, confirmó que retirará a Brasil del Pacto Mundial sobre Migración. A su vez, declaró posteriormente en su cuenta de Twitter que “Brasil es soberano para decidir si acepta o no migrantes”, al mismo tiempo que, en consonancia con Trump o Salvini, expresó: “Quien por ventura venga para aquí, deberá estar sujeto a nuestras leyes, reglas y costumbres, y también deberá cantar nuestro himno y respetar nuestra cultura”.

La salida del Pacto Migratorio va en la misma línea que las ideas de Bannon a la hora de desconfiar de todo lo que tenga que ver con pactos u organismos multilaterales. Sin

---

10 América Latina no es tan permeable a discursos racistas debido a muchas razones. Entre ellas, la historia común y la naturaleza de países oprimidos, sometidos al colonialismo, europeo primero y después estadounidense, hacen que el elemento de cohesión e identidad no sea tan racial sino más bien cultural.

embargo, la retórica anti inmigratoria sería mucho más una cuestión discursiva que un “problema” real para Brasil. Si bien en los últimos años ingresaron al gigante sudamericano unos 160.000 venezolanos, de los 209 millones de habitantes que tiene Brasil, presenta tan solo 800.000 inmigrantes. Es decir, el 0,4% del total del país, según datos de la Policía Federal.

Lo cierto es que, mientras El Movimiento de Bannon y sus aliados vernáculos ataca a la “ideología de género”, hay datos muy concretos y verificables en América Latina que muestran una problemática concreta que va por otro camino. La situación referente a la igualdad salarial entre hombres y mujeres es claramente preocupante. La participación de las mujeres en el mercado laboral es del 49,5% mientras que la de los hombres es del 71,3%.

Según números de la OIT, las mujeres sin empleo registrado ascienden al 9,1%, es decir, 1,4 veces superior a la cantidad de hombres en su misma situación. Informes de la CEPAL y el Proyecto de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) muestran que “en todos los segmentos ocupacionales”, las mujeres reciben ingresos significativamente menores que los hombres, por la misma tarea. Esto muestra que la feminización de la pobreza sigue siendo un asunto grave que necesita atención por parte de los Estados nacionales.

El pensamiento político de Bannon es, cuanto menos, curioso. Saltó a la fama tras ser presidente ejecutivo de Breitbart News, una web donde exponía la ideología de la “alt-right” (“derecha alternativa”). Sirvió en la Marina de los Estados Unidos entre finales de los setenta y principios de los ochenta y también fue banquero de Goldman Sachs.

Considerado una figura clave en el ascenso del trumpismo al poder, llegó a ser siete meses asesor oficial del presidente norteamericano hasta que fue despedido. Asegura no ser un nacionalista blanco, aunque sus puntos de vista rozan el

racismo. Se auto define como conservador en lo político, liberal en lo económico, euroescéptico y contrario a la globalización.

Uno de sus chivos expiatorios preferidos es el multimillonario húngaro George Soros, culpado por quienes difunden conspiraciones en internet como el impulsor de la “agenda globalista liberal”. Las *fake news* han sido un arma fundamental para Bannon. Fueron extremadamente útiles en la campaña de Trump; también, por supuesto, fueron utilizadas largamente en la campaña de Bolsonaro.

Existieron declaraciones de Bannon, allá por noviembre de 2018, respecto de que recibió a “populistas de Argentina”. Nunca se supo exactamente quienes eran, si es que la reunión se produjo realmente. Lo cierto es que, por ahora, ni su figura es demasiado conocida en el país ni un candidato con las características de Bolsonaro o Trump podría llegar a tener mucha inserción electoral. Aunque hace tiempo se habla en el país de “populismo” para referirse al peronismo o al kirchnerismo, no es a esa categoría a la que Bannon se refiere cuando utiliza el término.

Si bien tras la elección del brasileño, la agenda política argentina se fue corriendo aun más hacia la derecha, en un contexto de inflación desmedida y crisis económica sin freno, la supuesta antinomia entre globalistas y “anti globalistas” no parece que vaya a ser parte central del debate público por un tiempo. En Argentina, la antinomia política siguió signada por la dicotomía entre el campo nacional-popular y el neoliberalismo.

Aunque en el resto de los países de América Latina hay partidos de extrema derecha que podrían comulgar con El Movimiento, hoy no presentan muchas posibilidades reales de alcanzar el poder.

En Chile, el ex diputado José Antonio Kast –duro crítico del gobierno de Sebastián Piñera, a quién considera un



liberal- arañó el 8% de los votos en la elección presidencial de 2017. Kast es un ultraconservador que reivindica la figura de Pinochet y es conocido por sus declaraciones homofóbicas.

Bannon ha hablado con medios chilenos recientemente, aunque no ha mencionado contactos con políticos del país. Se ha referido a su idea del “populismo nacionalista” en una entrevista que concedió al histórico medio chileno El Mercurio. En la misma conversación el norteamericano reivindicó las políticas económicas de la dictadura pinochetista, diciendo que le dieron “una lección” a Reagan y Thatcher, quienes las aplicaron posteriormente. En un país con la historia y la composición social de Chile, la clase de ideas que expone Bannon puede llegar a tener una inserción considerable en el futuro.

En Brasil, los ideales del nacionalsocialismo y el fascismo calaron de manera particular en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. Las comunidades alemanas e italianas en Brasil, durante los años 30, representaban aproximadamente un millón de personas.

En 1932 se creó el integralismo brasileño, un movimiento muy similar, a ojos de la academia europea, al nazismo y al fascismo en auge durante aquellos años<sup>11</sup>. Los integralistas no eran racistas. Al punto de que uno de sus lemas era “unión de toda raza y pueblo”. No obstante, defendían fervientemente lo que consideraban los “valores tradicionales”: la familia, Dios, y la propiedad.

Los integralistas fueron un apoyo del presidente Getulio Vargas durante los años previos a la dictadura del Estado Novo. Sin embargo, en 1938 intentaron un golpe de Estado contra Vargas, que el historiador británico Eric Hobsbawm

---

11 Sobre esto hay controversias, ya que, ahondando en la historia y la conformación de los integralistas, es fácil rastrear que, básicamente, eran nacionalistas conservadores.

cita en su Historia del siglo XX como un intento de golpe de Estado filo nazi. Muchos civiles integralistas fueron parte de la dictadura militar reivindicada por Bolsonaro, que gobernó el país entre 1964 y 1985. El presidente brasileño, además, ha reivindicado la figura de otros dictadores latinoamericanos como Stroessner o Pinochet.

Las ideas de Bolsonaro encajan perfecto con las de Bannon. El estadounidense ha definido al mandatario brasileño como “un héroe”. Lo considera un hombre clave en su plan de darle un nuevo impulso al populismo de extrema derecha a nivel mundial. El actual fenómeno en nuestra región tiene más que ver con el pinochetismo chileno que con los totalitarismos europeos de los años 20 y 30, aunque también comparten ciertas tendencias.

El ejemplo del trumpismo como forma de conducción política no puede ser ignorado. Tanto Bolsonaro como Trump comparten un estilo de liderazgo autoritario, con el fundamentalismo religioso y los sectores más conservadores de las iglesias evangélicas como elemento central de la política, no sólo para ellos sino también para sus seguidores.

Bannon es mucho más que un eslabón simbólico que une ambas administraciones. Eduardo Bolsonaro dice que trabajará junto al director de El Movimiento para “reclamar la soberanía de las fuerzas globalistas y elitistas”. Al igual que Trump, Salvini u Orbán, el brasileño asegura representar los intereses y los valores del pueblo frente a lo que señala como “élites progresistas”.

Lo que busca Bannon es una especie de globalización e internacionalización del “anti globalismo”. En todas sus conferencias suele repetir que su Movimiento está unido “en nuestra búsqueda de una agenda populista nacionalista para la prosperidad y soberanía de los ciudadanos en todo el mundo”. La idea principal es la de atraer a todos aquellos

que se han visto “abandonados” o dejados de lado por sus gobiernos, apelando a los habitantes de ciudades industriales que se han quedado sin trabajo debido a que sus empresas se establecieron en países con menores costos laborales o a aquellos que, provenientes de zonas rurales, no pueden competir con los avances tecnológicos de los grandes *pooles* de siembra; buscando, además, chivos expiatorios y fomentando los grandes miedos colectivos que produce la inmigración a gran escala, al mismo tiempo que acusando al progresismo de ser ajeno a esta realidad y de estar más preocupado por los problemas de las élites urbanas de clase media y sobre educadas.

No es menor el papel que China viene desempeñando en América Latina en general y particularmente en Brasil durante los últimos años. Bannon confía en Bolsonaro para frenar esta expansión.

Durante la campaña de Trump, el gigante asiático fue el blanco preferido de las acusaciones del entonces candidato republicano. Bannon, a día de hoy, asegura que los chinos se encuentran en una “guerra económica con Occidente” cuyo objetivo a largo plazo es la dominación mundial.

Bolsonaro acusó a China, durante toda su campaña presidencial, de “querer comprar Brasil”. Sin embargo, este discurso cambió, ya que, antes de una reunión que mantuvo en Washington con su par estadounidense, el brasileño dijo que “China es nuestro gran socio comercial”.

Lo cierto es que China actualmente es el primer socio comercial de Brasil, mientras que los Estados Unidos son el segundo. Eso será un escollo muy difícil de sortear para Bannon a la hora de que el gobierno de Bolsonaro enfrente la expansión comercial de China de una manera que no sea meramente la discursiva.

Algunos académicos usan el término de “democracia iliberal” (en contraposición a la democracia liberal) para referirse

a gobiernos autoritarios como el de Rodrigo Duterte en Filipinas o el de Viktor Orbán –quien lo asume con orgullo– en Hungría. Todos los gobiernos afiliados al Movimiento de Bannon podrían ingresar, sin forzar demasiado las cosas, en esta categoría. Este concepto es aplicado a aquellos gobiernos que, aunque son parte de la democracia, a la hora de ejercer el poder no se mueven estrictamente dentro de las reglas del Estado de derecho ni de las libertades individuales.

Nos encontramos desde hace años en una crisis de la democracia liberal en todo el mundo. Mientras que la política tradicional no ha sabido hacer frente a los grandes problemas que acarrea la globalización, estos liderazgos de tipo ultra derechista aseguran ser capaces de resolverlos, aunque ello cueste coartar de alguna manera derechos básicos de la democracia liberal.

La llegada política de Bannon a América Latina se produce al mismo tiempo que el Consejero de Seguridad Nacional estadounidense, John Bolton, se refiere a Cuba, Nicaragua y Venezuela como una “tríada de la tiranía”. Mientras que Estados Unidos “abandonó” el interés por la región en la década pasada, el fracaso en Medio Oriente ha hecho que vuelva a fijar su mirada en lo que consideran su patio trasero.

Las crisis políticas en Venezuela y Nicaragua, sumadas al endurecimiento de la ley Helms-Burton contra Cuba, son muy buenas noticias tanto para los gobiernos de derecha en la región como para Steve Bannon.

A comienzos de 2019, Trump habló sobre su ex Jefe de Campaña por primera vez desde su despido. Declaró al New York Times que lo venía siguiendo atentamente los últimos seis meses en sus entrevistas, y que “no hay nadie que se exprese mejor que él”.

Es preocupante que discursos como el de Bannon, que hasta hace un tiempo parecían totalmente ajenos a la región,

hayan logrado comenzar a instalarse. Su puerta de entrada ha sido el Brasil de Bolsonaro, aprovechándose de la desconfianza hacia la política tradicional que sostienen las capas medias y altas de la sociedad, pero también algunos sectores populares y juveniles.

Por la enorme importancia tanto económica como geopolítica de Brasil, si el gobierno logra resolver sus principales problemas internos, Jair Bolsonaro y sus hijos pueden llegar a ejercer de eje gravitatorio en la región para la expansión de la ideología de Bannon y sus intereses.

La más o menos vaga unidad de conceptos y acción del gobierno brasileño con lo que representan Donald Trump en Estados Unidos, Matteo Salvini en Italia o Viktor Orbán en Hungría, puede ser capaz de otorgarle un fuerte impulso a “El Movimiento” a nivel mundial. Mientras tanto, Steve Bannon ya comenzó a operar en el continente. Estará por verse cómo se crean los anticuerpos necesarios para evitar todo lo que representa su avance en América Latina. Especialmente para los sectores trabajadores y populares de la región.

## **Bolivia, Israel, Brasil y los evangélicos**

Desde que asumió en Bolivia el gobierno de facto de Jeanine Áñez, se estrecharon los vínculos políticos y diplomáticos con el gobierno de Estados Unidos, por lo que las nuevas relaciones exteriores con el gobierno del Estado de Israel pasaron relativamente desapercibidas por gran parte de la agenda mediática internacional. Lo cierto es que los vínculos son mayores a los que se podría haber esperado incluso antes de producido el golpe de Estado que derrocó a Evo Morales.

Entre las medidas más sonadas estuvo la eliminación de las visas para los bolivianos que quisieran viajar a Israel, para promover el turismo entre ambos países. Áñez acusó al ex presidente Morales de privilegiar la ideología para dar cabida a la “política personal, antes que la política de Estado”, al mismo tiempo que aseguró que el gobierno del MAS generaba “perjuicios” contra Israel. Este país, a su vez, se comprometió a “colaborar” en cuestiones de “seguridad interna” con Bolivia.

El ex presidente se mostró preocupado de que esto sirviera para justificar una injerencia externa israelí en la política

doméstica boliviana. En un *tweet*, Evo expresó que: «El gobierno de facto pide ayuda al gobierno sionista de Israel para combatir a la izquierda. Los golpistas son los violentos, que no respetan la libertad, dignidad e identidad». Sucede que, efectivamente, el gobierno de Añez pidió apoyo a Israel para “combatir al terrorismo de izquierda”. En esos duros términos se expresó el Ministro de Gobierno, Arturo Murillo, aduciendo que las fuerzas armadas israelíes “están acostumbradas a tratar con terroristas”.

De esta manera, el gobierno de facto de Bolivia identifica a la oposición democrática del MAS con Hezbollah y los grupos armados palestinos. El pedido también se enmarca en las acusaciones de Murillo contra Nicolás Maduro y el gobierno venezolano. Según el Ministro, el gobierno bolivariano se encuentra detrás de un plan de desestabilización de los gobiernos democráticos en la región. También, con esto se pretende endilgar a la izquierda boliviana una supuesta vinculación entre Maduro y el narcotráfico.

Por lo pronto, sigue estrechando sus vínculos con la derecha latinoamericana. En diciembre del 2019, el diputado Eduardo Bolsonaro estuvo presente en la inauguración de una oficina económica de Brasil en Jerusalén. Allí reafirmó el compromiso del gobierno brasileño de abrir una embajada en esa ciudad para el año 2020, lo que fue celebrado por el Primer Ministro israelí. Hasta entonces, sólo los gobiernos de Estados Unidos y Guatemala –del evangélico Jimmy Morales–, habían hecho esta promesa. Según Eduardo Bolsonaro, su padre “es seguro, es un compromiso: desplazará la embajada a Jerusalén; lo hará”.

Existen vínculos entre la derecha evangélica latinoamericana –que irrumpió con fuerza en el escenario político regional de los últimos años– y los sectores más conservadores del gobierno del Estado de Israel. Además, Steve Bannon es un

ferviente defensor de las políticas de Netanyahu.

De hecho, el presidente brasileño se dirigió a Israel en uno de sus primeros viajes al exterior tras haber sido electo presidente. Volvió a hacerlo en marzo de 2019 para reunirse con Netanyahu.

Antes de ser presidente, incluso, había enviado una carta a la embajada israelí en Brasil, repudiando las declaraciones de la entonces presidenta Dilma Rousseff, cuando ésta había criticado como “desproporcionada” la ofensiva de Israel en Gaza como represalia de unos ataques de Hamás.

El rol que juegan los evangélicos en esta alianza es fundamental. Entre ellos, el pastor Marcos Galdino, de la Iglesia Evangélica Asamblea de Dios, ubicada en San Pablo. El pastor, reconocido militante a favor de Bolsonaro, defiende la alianza con Israel por motivos tanto religiosos como terrenales. Asegura que una profecía bíblica sólo contempla la resurrección de Jesús si Jerusalén se encuentra bajo dominio completamente judío. A su vez, justifica la alianza debido al intercambio militar y de tecnología. En lo que respecta a la balanza comercial, Brasil tuvo un déficit de 850 millones de dólares en 2018 con Israel. La alianza entre Israel y el gobierno de Bolsonaro es claramente más política e ideológica que económica. Por ello, no sorprende que el gobierno de Áñez, apoyado abiertamente por el brasileño, intente seguir su camino estrechando relaciones políticas y diplomáticas con el Estado de Israel.

Las nuevas relaciones diplomáticas entre Israel y Bolivia demuestran una vez más la creciente militarización de la región. América Latina es históricamente una zona de paz. Más allá de algunos casos particulares, no ha sido, desde hace varias décadas, un escenario donde existieran grandes conflictos con grupos terroristas armados. Pretender asimilar la situación de los países de la región con lo que sucede en



Medio Oriente no sólo es producto de la irrealidad política sino, también, algo muy peligroso.

Un gobierno surgido de un golpe de Estado, que aún no ha mostrado intenciones reales de normalizar la situación política por la vía democrática, que viene imponiendo medidas fuertemente anti populares, como la suba indiscriminada de tarifas y el final de programas sociales emblemáticos del gobierno de Morales, sólo puede sostenerse en el poder mediante la represión.

Para ello, el apoyo de los países centrales, principalmente Estados Unidos e Israel, es fundamental. Estará por verse aún cuales son las ramificaciones regionales e internacionales que vayan surgiendo del conflicto boliviano.

## La cumbre de las Américas conservadoras

En lo que fue una movida de piezas prácticamente inédita en el tablero político regional, a comienzos de diciembre de 2018 se reunieron en Brasil representantes conservadores y de extrema derecha en la Triple Frontera. Fueron convocados por Eduardo Bolsonaro.

Este hecho se sumó a reuniones que el joven diputado ya venía manteniendo con representantes de la bancada del ex presidente colombiano Álvaro Uribe y con John Bolton, entonces Consejero de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, quien también se reunió con su padre y con representantes del partido de extrema derecha española, Vox.

La reunión se celebró en la ciudad brasileña de Foz de Iguazú. Jair Bolsonaro no asistió pero envió un mensaje desde su cama, donde se recupera del ataque sufrido en la campaña. Según el presidente brasileño, el objetivo del encuentro fue “consolidar en América Latina la nueva línea política que nació en las últimas elecciones”, para “combatir al comunismo” en el continente.

Alguna de las declaraciones más resonantes de la cumbre las dio el propio hijo del presidente, quien declaró que Brasil “podría ser sede de un tribunal para juzgar las dictaduras comunistas de Cuba, Venezuela y Nicaragua”, apoyando de esta manera una idea del ferviente opositor cubano, residente en Estados Unidos, Orlando Gutiérrez, también asistente a la cumbre.

Esta lógica discursiva de lucha “contra el comunismo”, que parece salida de los años de la Guerra Fría, en realidad esconde un rechazo visceral a todo lo que tiene que ver con lo que este sector de la derecha considera el “marxismo cultural”, es decir: la mal llamada “ideología de género”, el movimiento feminista, todo lo que tenga que ver con derechos de las minorías sexuales o la comunidad LGBTIQ+<sup>12</sup> y, en la versión vernácula, en menor medida los inmigrantes. El diputado brasileño Fernando Francischini, aquel de “liberal en la economía, conservador en las costumbres, y poner a la familia por encima de todo”, fue uno de los organizadores del evento.

A su vez, dentro del gobierno de Brasil, existe una interna entre los sectores que consideran que el país debe sostener una política económica aperturista neoliberal clásica frente a quienes, más en consonancia con sus pares europeos, prefieren un programa económico proteccionista, favoreciendo el desarrollo de la industria pesada local, similar a las políticas implementadas por la dictadura que gobernó el país entre 1964 y 1985.

La primera postura está representada por el ministro

---

12 En muchas ocasiones esto sirve para encubrir el combate tanto a los movimientos nacionales populares, como a los gobiernos revolucionarios y no alineados con EEUU. La discusión de género suele ser utilizada por estas tendencias ultra derechistas para dividir el campo nacional popular y desviar el eje de la discusión principal y de fondo.

de Economía y hombre de confianza de Bolsonaro, Paulo Guedes, egresado de la escuela de Chicago, quien propone un programa neoliberal de manual, que hasta incluye privatizar Petrobras; mientras que la segunda línea de pensamiento es la sostenida por un sector importante del gobierno, ligado a la burguesía industrial de San Pablo y especialmente al Ejército. Este sector es liderado por el General Hamilton, integrante del binomio presidencial.

Tres semanas antes de asumir, comenzaron a aparecer algunas denuncias de corrupción contra el próximo presidente y sus hijos: según una investigación realizada por el Consejo de Control de Actividades Financieras, el chofer de Flavio –electo senador en los últimos comicios– tiene una cuenta bancaria de 1,2 millones de reales (300.000 dólares), la cual sería impagable con sus ingresos.

Este tipo de hechos impactaría particularmente sobre Bolsonaro, que ha hecho de la “lucha contra la corrupción” una bandera de la campaña que lo llevó a la presidencia. Y, según algunas hipótesis, sería sólo la primera de las denuncias contra el nuevo presidente.

Algunas fuentes, incluso, sostienen que podría enfrentar un *impeachment* en algún momento de su presidencia, algo que –en un país sumido en una crisis institucional tan grande como la que vive Brasil tras el Lava Jato y la destitución de Dilma Rousseff– no sería descabellado, además de que le otorgaría control total del gobierno al Ejército.

Mientras en México, el 1 de diciembre de 2018, asumió Andrés Manuel López Obrador –el primer presidente de izquierda del país– y, a su vez, el 10 de diciembre de 2019 asumió el gobierno peronista de Alberto Fernández, que automáticamente se constituyó como un contrapeso ideológico a Bolsonaro en el continente, puede pensarse que un gobierno de extrema derecha en Brasil, la principal economía

latinoamericana, parece tener todos los papeles para ejercer de eje gravitatorio a favor de la expansión de otros movimientos similares en el resto del continente. Especialmente, teniendo en cuenta la clara voluntad política tanto de impulsarlos como de actuar en conjunto, con una vaga unidad de ideas, pero también de acción.

## **Derecha y progresismo en la “Suiza del sur”**

A pesar de una situación económica relativamente estable y significativamente mejor que la de la mayoría de sus pares en la región, Uruguay no ha sido ajeno a la aparición de partidos de ultraderecha, impulsados especialmente en América Latina tras la irrupción de Jair Bolsonaro en Brasil.

El ex general del Ejército uruguayo, removido por Tabaré Vázquez debido a declaraciones sobre las desapariciones durante la última dictadura militar, Guido Manini Ríos, fue candidato por el partido de extrema derecha Cabildo Abierto, llegando a alcanzar el 11,04% de los votos. Si bien es un resultado relativamente bajo, su mera existencia en el país que se ha jactado históricamente de ser el Estado más progresista en materia social de América Latina no deja de ser significativa.

La oposición por derecha al Frente Amplio fue monopolizada durante la última década por los partidos políticos tradicionales: los blancos y el Partido Nacional. Cabildo Abierto no capta votos oficialistas pero sí lo hace entre esos sectores, por lo que

su irrupción ya está teniendo un efecto similar al de Vox con Ciudadanos y el Partido Popular en España.

El fenómeno es alarmante: la centroderecha moderada se radicaliza con el objetivo de no perder votos a manos de los extremistas. En un espectro ideológico diferente, pasó algo similar con el PSOE, que fue corriéndose a la izquierda en los últimos años debido a la aparición de Podemos.

El hastío con los cuatro mandatos del Frente Amplio, incluyendo los tres períodos de Tabaré con el interregno del Pepe Mujica, dejó al oficialismo uruguayo fuera del poder.

Muestra de la situación política uruguaya fue la consulta con la intención de eliminar la ley para la protección de personas trans. Impulsada especialmente por las iglesias evangélicas, la votación buscaba derogar la ley, y como sólo había una boleta en el cuarto oscuro, únicamente se acercaron a los centros de votación quienes comulgaban con la propuesta. El porcentaje de votantes no llegó a alcanzar ni siquiera el 8%, muy lejos de los 670.000 votos necesarios –un 25%– para conseguir celebrar un referéndum para la derogación de la ley tras las elecciones de octubre.

Carlos Iafigliola, dirigente evangelista y del Partido Nacional, fue una de las figuras detrás de la consulta. Se mostró decepcionado por la falta de apoyo dentro de su propio partido, aunque al mismo tiempo logró que se celebre una consulta popular de una cuestión apoyada apenas por sectores marginales de la sociedad uruguaya.

El crecimiento del evangelismo en Uruguay, el primer país laico de Sudamérica, supone un panorama inédito para la escena política. A diferencia de Argentina, Brasil o Chile, la Iglesia Católica uruguaya históricamente careció de una influencia excesivamente importante en las decisiones de gobierno.

No obstante, aprovechando el empuje del auge evangelista en el Brasil de Bolsonaro, por primera vez en la historia

uruguay a el evangelismo comienza a cobrar protagonismo en la escena política.

En los últimos años existe una agenda contra progresista que tiene en un sector de conservador de las iglesias evangélicas su epicentro. Por primera vez, representantes religiosos ocupan cargos en el Parlamento, como el nacionalista Gerardo Amarilla, miembro de la Iglesia Evangélica Bautista, a punto de ser electo presidente de la Cámara en 2018. Finalmente su postulación fue rechazada. Muchos diputados adujeron “preservar la tradición laica” del Estado. Por el contrario, los evangélicos creen que la laicidad del Estado es un límite a la libertad de culto.

Jorge Márquez, apóstol de la Iglesia Misión Vida, es uno de los evangelistas más prominentes públicamente. Dueño de medios de comunicación, diputado por el Partido Nacional, su agenda se basa en el rechazo al matrimonio igualitario, el aborto, y la ley de protección trans. A su vez, se ha reunido con el premier israelí Benjamín Netanyahu, en una muestra más del lazo que une a las iglesias evangélicas y neo pentecostales con la derecha internacional y el conservadurismo religioso de países como Israel.

La iglesia evangélica Asambleas de Dios cuenta con 160 templos, 33 de ellos en Montevideo. A su vez, tiene distintos establecimientos educativos primarios, secundarios y hasta universitarios. Es la iglesia mayoritaria dentro del Consejo de Representatividad de Evangélicos de Uruguay, que nuclea a 700 templos y más de 60 organizaciones.

Este avance de las iglesias evangélicas se condice con un retroceso de la Iglesia Católica uruguaya. Según el cardenal montevideano Daniel Sturla, 38% de los habitantes de la capital se consideran católicos, mientras que en 1995 esa cifra ascendía a 57%.

A contramano del giro a la derecha que vivió América



Latina, consolidado especialmente con la elección de Jair Bolsonaro en Brasil, Uruguay siguió mostrándose como un país progresista. Todavía exhibe el menor porcentaje de pobreza de América Latina. Según la CEPAL, sólo el 2,7% de los uruguayos viven bajo la línea de pobreza, mientras que para el gobierno del país la cifra asciende a 7,9%, significativamente menor al 35% de Argentina –según datos de la Universidad Católica– o el 26,5% de Brasil.

El pre referéndum tuvo un fuerte rechazo no solo desde el oficialismo sino también dentro de los referentes de la Iglesia Católica uruguaya. Daniel Sturla se declaró en contra, prefiriendo “buscar otros caminos”, al mismo tiempo que pidiendo “tener especialmente en cuenta” a esos grupo ya que “históricamente han sido uno de los grupos más discriminados por su condición, lo que genera un gran dolor”.

En cada vez más ocasiones, Lacalle habla contra cuestiones de género, haciendo constantes guiños a los evangélicos. Por lo pronto, es interesante indagar en los pormenores de lo que sucede en Uruguay. No todo es tan progresista como parece en la “Suiza del sur”.

## **El caso de Perú: el FREPAP y la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal**

En las elecciones legislativas peruanas del último domingo de enero de 2020 hubo una sorpresa mayúscula, que agarró a todos desprevenidos. En las encuestas, directamente no figuraba, pero a la hora del recuento de votos el partido de ultraderecha religiosa Frente Popular Agrícola del Perú (FREPAAP) se convirtió en el segundo más votado del país, obteniendo 16 de los 300 escaños en juego.

El escenario político peruano, tras la disolución del Parlamento ordenado mediante un decreto del presidente Martín Vizcarra el 30 de septiembre de 2019, es de una gran fragmentación. En los últimos comicios volvió a constituirse un nuevo Congreso, formado en su mayoría por políticos que nunca habían ocupado un cargo legislativo nacional.

El fenómeno del FREPAAP, no obstante, escapa a prácticamente cualquier análisis político tradicional posible, no sólo en Perú sino en América Latina en general. Es el brazo político de la congregación religiosa ultraconservadora Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal.

El partido fue fundado en 1989 por Ezequiel Ataucusi Gamonal como brazo político de su iglesia. Ataucusi fundó su propia Iglesia en 1966, antes de dar el salto a la política. Originalmente, el objetivo del partido era presentar proyectos de ley que tuvieran que ver con la comunidad religiosa que representaban, y comenzar a tener su voz dentro de la política peruana.

Se mantuvieron en los márgenes del sistema político hasta las elecciones del 2020. Hoy el partido es liderado por Ezequiel Jonás Ataucusi, hijo de su fundador, a quienes sus seguidores consideraban la representación de Jesucristo en la tierra.

Su particular doctrina, una mezcla del Viejo Testamento con las enseñanzas de los Incas, obtuvo una inserción en las zonas rurales históricamente olvidadas y empobrecidas del Perú. De allí que el partido se denomine Frente Popular Agrícola del Perú. Para esta fuerza, la actividad agropecuaria está “benedicida” y debe ser el motor económico del país.

Entre sus propuestas más radicalizadas y anti democráticas se encuentra la fundación de una “teocracia”, en el mediano plazo. Sus integrantes están convencidos de que se viene una gran crisis económica, política y social en el Perú, y que tendrán las condiciones necesarias para hacerlo.

La dirigencia política peruana está sumida en un gran desprestigio, tanto que sus últimos cinco presidentes fueron detenidos o procesados por hechos de corrupción. El histórico líder aprista Alan García, incluso, se suicidó en 2019 mientras era investigado por hechos delictivos, en el marco de la causa Odebrecht.

En este contexto de desprestigio de los partidos socialdemócratas tradicionales, surge este partido de visión conservadora, tradicionalista, basado en el fundamentalismo religioso y conectado con las iglesias evangelistas estado-unidenses. Su

crítica a la “clase política”, sus propuestas de corte popular, sus altos niveles de presencia e influencia en las bases a través de iglesias y la falta de referencias de corte nacional-popular, hacen que el FREPAP se transforme en una opción competitiva electoralmente.

El partido había llegado a perder la representación política en 2011 debido a la baja cantidad de electores, pero ahora su cantidad de parlamentarios, aunque puede parecer mínima, obligará a cualquier fuerza política a acordar con él para aprobar leyes.

En términos políticos, la inserción del FREPAP en las zonas agrarias ha sido muy importante para lograr el resultado electoral.

Sus mayores propuestas van en el sentido de desarrollar la actividad agropecuaria en el país. Además, pretende reducir la jornada laboral de 48 a 44 horas semanales, eliminar la inmunidad de los parlamentarios, aumentar el impuesto a la riqueza e impulsar una reforma educativa que contemple la educación ética y moral en las escuelas peruanas, siempre bajo los estrictos valores de la Misión Israelita.

Los integrantes del FREPAP ya han asegurado que no establecerán alianzas con ningún partido político y que ellos pretenden gobernar el país a futuro. Sin embargo, afirman que no tienen pruritos en votar de manera conjunta con otros partidos en cuestiones puntuales que también se encuentren dentro de su plataforma de propuestas. También será para ellos un aprendizaje, ya que es la primera vez en 20 años que el partido se encuentra frente a cargos legislativos.

En línea con otros representantes de la extrema derecha latinoamericana o los movimientos ligados a las iglesias evangélicas, son ultraconservadores en cuestiones sociales. A pesar de ello, tienen una participación igualitaria de hombres y mujeres en los cargos partidarios, al mismo tiempo que aseguran

que los integrantes de la comunidad LGBTIQ+ tienen “tal vez enquistado el mal en el corazón”.

De todas maneras, en los últimos tiempos de la campaña fueron moderando el mensaje en este aspecto. Incluso llegaron a apoyar la unión civil entre homosexuales. Otra particularidad es que el partido no cuenta con redes sociales. Sólo utilizan correo electrónico, por lo que su campaña fue “a la vieja escuela”.

Muchos miembros del FREPAP son transportistas, por lo que prestaban sus camiones para las actividades políticas. Seguramente esto será temporal, ya que luego de su irrupción en el panorama nacional, surgieron infinidad de cuentas de Facebook y Twitter que aseguraban ser las oficiales.

Los militantes del FREPAP usan túnicas y los hombres llevan barba, al igual que Ezequiel Jonás. Muchas de las mujeres del movimiento utilizan velos que cubren gran parte de su cuerpo.

El medio hermano de Jonás, Juan Noé Ataucusi, afirma estar amenazado de muerte por el líder del FREPAP, a quien además acusa de haber “secuestrado el partido” junto a la familia de su esposa. Juan Noé no participa del espacio político pero sí de la iglesia fundada por su padre.

En el FREPAP lo religioso y lo público se mezclan como pocos fenómenos políticos en los últimos años. El tiempo dirá si su sueño de instaurar una teocracia en el Perú prospera. Por ahora, el terreno para su crecimiento parece fértil.

## **Dios en la política: el factor religioso**

En los últimos años, a partir de hechos políticos puntuales producidos en numerosos países de América Latina, parece que la iglesia, especialmente las evangélicas más conservadoras, se han comenzado a involucrar en la política regional.

Sin ir más lejos, en Argentina se publicó la última encuesta del CONICET sobre creencias y actitudes religiosas en el país. La anterior era de 2008. Los datos que arroja marcan un crecimiento de las iglesias evangélicas, pero considerablemente menor al de otros países de la región. En lo que respecta a Argentina, bajó la cantidad de católicos de 76% a 62% mientras que subió la de evangélicos de 9% a 15%, al mismo tiempo que subió la cantidad de no religiosos de 11% a 18%.

Según una investigación del Pew Research Center, en América Latina el 69% se identifica como católico, mientras que el 19% lo hace como protestante (pentecostales, presbiterianos, evangélicos, etc.) y el 8% se considera ateo o agnóstico.

Paraguay encabeza el ranking de los países más religiosos, con el 89% de su población identificada como católica y

7% como protestante. Mientras que el último de la lista es Uruguay, con el 42% de católicos y el 15% de protestantes.

Según el filósofo alemán Jürgen Habermas, existen tres fenómenos que convergen de manera especial para crear la impresión de un “resurgimiento de la religión” a escala mundial. Ellos son: la expansión misionera, una radicalización fundamentalista y la instrumentalización política del potencial de violencia innata en muchas de las religiones del mundo. Los dos últimos casos, claramente visibles en los fenómenos de extremismo islámico que cobraron un protagonismo inusitado en Occidente desde comienzos del siglo XXI.

Estas formas de extremismo tienen la particularidad de luchar o rebelarse frente al mundo moderno.

Según quien escribe, cuanto mayor es la uniformidad pretendida por el proceso de globalización, mayor y más violenta es la reacción a este proceso, más radical es la reafirmación de los valores propios frente a los “impuestos” desde afuera.

Por ejemplo, la Revolución Islámica de 1979, en Irán, fue la primera del siglo XX que no se declaraba ni marxista, ni socialista, ni de derecha ni de izquierda, sino que buscaba su inspiración y causa en los textos sagrados del Islam, para instaurar un régimen teocrático con aceptación en amplios sectores de una población que tenía un fuerte sentimiento de rechazo a Occidente y a las reformas impulsadas por el Shah Mohammad Reza Pahlaví, quien tenía el respaldo norteamericano y británico tras el golpe de Estado de 1951 contra el Primer Ministro Mosaddeq.

En el interior profundo del sur de los Estados Unidos – lo que se denomina coloquialmente como “Bible Belt”<sup>13</sup>– se

---

13 Ubicado en el sudeste de Estados Unidos, el “Bible Belt” (“Cinturón de la Biblia”) incluye los estados de Carolina del Norte, Carolina del Sur, Alabama, Georgia, Misisipi, Tennessee, Kentucky, Arkansas, Texas, Misuri, Oklahoma, Luisiana, Virginia, el centro y norte de Florida, el sur y este de

viene produciendo un proceso de radicalización donde, según datos estadísticos, los ciudadanos creyentes se han mantenido constantes en las últimas seis décadas, a pesar de la oleada de secularización producida tras el final de la Segunda Guerra Mundial, que nunca llegó a alcanzar el mismo efecto que sí logró en los países europeos, por lo que distintas variantes de la religión, en esa región, siguen siendo capaces de colocar congresistas, gobernadores e incluso presidentes.

Habermas, ante cierta fragmentación de la sociedad, propone la necesidad de procesos de aprendizaje que se complementen entre las doctrinas religiosas y las imágenes del mundo, es decir, entre ciudadanos religiosos y seculares.

El filósofo y sociólogo alemán pone en entredicho muchas veces la concepción de que la modernización y la individualización de la segunda mitad del siglo XX (y lo que llevamos del XXI) nos han conducido a una secularización irreversible de las sociedades. Y es que en la, hoy, “sociedad postsecular” se debe decir que: “esa misma sociedad secularizada es una secularización del cristianismo y judaísmo”. Por lo que, en Occidente, los sistemas ya establecidos por esas religiones subyacen en las conciencias públicas de las sociedades.

En Argentina, tras la derrota de Juntos por el Cambio, su candidato a vicepresidente Miguel Ángel Pichetto dijo que “al hambre lo inventó la Iglesia con la oposición”.

El gobierno de Alberto Fernández encuentra en ciertos sectores de la Iglesia Católica un actor con el cual articular políticas para llegar a los más necesitados. El ministro de desarrollo social, Daniel Arroyo, es uno de los tantos funcionarios que tienen diálogo fluido con la Iglesia, especialmente con sus sectores más populares. El Programa Argentina contra el Hambre, la primera política de Estado que implementó el

---

Kansas y el sur de Illinois, Indiana, Virginia Occidental y Ohio.



gobierno a través de la formación de un consejo multisectorial, tiene una presencia preponderante de la Iglesia a través de la Pastoral Social.

Mientras en Argentina la Iglesia participa con el gobierno a través de ayuda social a los sectores más populares, en otros países de la región los límites entre religión y política son más difusos, como en Bolivia, si se observan los sectores que participaron en el golpe contra Evo Morales.

Si bien parecía que la laicidad había llegado a la política regional para quedarse, mientras que los conflictos por la religión eran sólo un fenómeno que afectaba a regiones del mundo siempre convulsionadas, como Medio Oriente o los países africanos, los acontecimientos de los últimos años en América Latina parecen contradecir empíricamente esta tesis.

En Bolivia, los golpistas aseguraban estar librando una guerra santa contra los “diabólicos ritos indígenas”, devolviendo la Biblia al Palacio Quemado.

Al mismo tiempo, su líder, Fernando Camacho, aseguraba ser “el enviado de Dios, el mesías”, al igual que su admirado Jair Messias Bolsonaro.

El brasileño se aprovechó del auge de las iglesias evangélicas en Brasil y sus lazos con esa comunidad religiosa para llegar al poder, algo que hubiera sido completamente impensado hace menos de un lustro.

La Iglesia Católica latinoamericana estuvo, históricamente, en permanente tensión entre sus corrientes internas. Al mismo tiempo que la plana mayor de la jerarquía apoyaba los golpes de Estado de la década del setenta en la región, había militantes católicos de base, entre ellos sacerdotes y monjas, perseguidos, torturados, asesinados y desaparecidos.

El caso paradigmático fue el de Camilo Torres en Colombia, quien, influido por los nuevos aires del Concilio

Vaticano II°, la Teología de la Liberación y la Conferencia de Medellín, decidió tomar las armas y unirse a la guerrilla, para luego caer asesinado.

En Argentina fue fundamental a la hora de la conformación de las organizaciones armadas. Los fundadores de Montoneros, por ejemplo, habían sido todos militantes católicos. Al mismo tiempo que sacerdotes como el Padre Carlos Mugica o el riojano Enrique Angelelli participaron activamente de las luchas populares de aquellos años.

El chileno Víctor Jara le dedicó una canción a Camilo Torres con unos versos hermosos: “donde cayó Camilo, nació una cruz, pero no de madera, sino de luz, lo clavaron con balas en una cruz, lo llamaron bandido como a Jesús”. Así como cantaba el chileno que en “la guerrilla cabe un sacristán”, no hay que perder de vista que en los movimientos populares latinoamericanos, llámense peronismo en Argentina, chavismo en Venezuela, sandinismo en Nicaragua, el MAS boliviano o el Partido de los Trabajadores Brasileños, también caben religiosos.

Ya sean sacerdotes, pastores evangelistas, rabinos, o militantes de base de todas las religiones, es imposible desconocer la importancia que éstas tienen para el sentir popular de los latinoamericanos de a pie, especialmente para los más humildes.

Por lo pronto, no se puede desconocer que las iglesias han vuelto a participar fuertemente en la política latinoamericana, y allí habrá también, un importante campo de disputa.

## **Algunas consideraciones**



## Cara al puente

En el mundo actual, a pesar de lo que algunos sostenían en los albores de la globalización, no existe una cuestión más definitoria que las identidades particulares.

El politólogo estadounidense Francis Fukuyama, recordado por haber pronosticado el final de las ideologías en la segunda mitad de los años ochenta, publicó en 2019 una nueva obra titulada: “Identidad: Las demandas de dignidad y las políticas de resentimiento”. Allí, el norteamericano explora, con preocupación, el auge de los extremismos a lo largo y ancho del planeta.

Las democracias liberales tradicionales se enfrentan actualmente a desafíos cuyos precedentes sólo pueden rastrearse a los años de entreguerras. O, incluso, luego de la catástrofe económica y la crisis sanitaria provocada por el coronavirus, a los momentos posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Existe una crisis identitaria en los países centrales de Occidente, cuya consecuencia más inmediata es la consolidación de una identidad política basada en el resentimiento contra el otro.

El problema parecería buscarse fuera de nuestra civilización, mientras que, a su vez, ésta se debilita frente a otras, retroalimentando, así, un reflujo identitario reaccionario ante las transformaciones culturales. En su momento, Samuel Huntington lo explicó en su *Choque de Civilizaciones*.

La globalización, al intentar uniformar a los pueblos, terminó intensificando aun más las identidades particulares. Erijiendo una dicotomía civilización-barbarie. Los populismos de ultraderecha del mundo occidental se aprovechan tanto del miedo como del odio hacia el otro.

Sucede que tanto el Islam como muchas de las prácticas culturales, sociales o religiosas comúnmente asociadas al “mundo árabe”, ya no están en las periferias de Occidente, sino que ahora se encuentran en su mismo centro.

En su obra de 1990, *Orientalismo*, el palestino Edward Said explicaba cómo se ha construido en Occidente una imagen de Oriente a partir de un “ellos” y un “nosotros”. Esta contraposición es aun más compleja de hacer cuando el “ellos” se encuentra en plena convivencia con el “nosotros”. Quizás por ello también recrudece el discurso de rechazo a lo diferente que anida en los movimientos ultraderechistas.

Los extremismos logran interpelar de manera eficaz a los perdedores de la globalización. Captan el descontento con un discurso que arremete contra lo “políticamente correcto”, identificando un enemigo común como culpable de todos sus males. Ejemplos de ello, como ya hemos visto, son el Brexit, el trumpismo, Bolsonaro, la Agrupación Nacional francesa o, en casos más extremos, los grupos terroristas de ultraderecha que han operado causando muertes en países como Alemania o Nueva Zelanda.

El mundo ya había enfrentado otras pandemias en el pasado reciente, pero es la primera vez en la historia moderna que un fenómeno de este tipo tiene estas características.

En medio de la crisis internacional desatada por el coronavirus, se empieza a avizorar un reordenamiento en los paradigmas políticos internacionales. Especialmente en los de los países europeos, que fueron los primeros, fuera de China, a los que golpeó con dureza la pandemia, que el presidente francés Emmanuel Macron calificó como “una situación de guerra”. Alemania fue el primero en anunciar la posibilidad de nacionalización de todas las empresas estratégicas que se encuentren en manos privadas.

Empresas estatales que habían sido privatizadas en los tiempos del neoliberalismo podrían volver, por primera vez en décadas, a manos del Estado.

El gobierno italiano ya anunció que está analizando la estatización de la aerolínea Alitalia, que venía al borde de la quiebra antes de la explosión de la pandemia. Al mismo tiempo, el gobierno de Giuseppe Conte ha desembolsado 25 mil millones de euros para combatir los efectos económicos de la cuarentena y de la pérdida de puestos de trabajo.

El sector turístico, y especialmente, el de las aerolíneas, es el más afectado por la crisis. El Ministro de Economía francés, Bruno Le Maire, también aseguró que prevé la adquisición de acciones e “incluso la estatización si es necesario” de empresas estratégicas. Esto va en línea con lo que declaró recientemente Macron, un hombre de la centroderecha liberal, respecto de la necesidad de sostener como sea el Estado de Bienestar.

A su vez, durante la crisis, quedaron patentes aun más las falencias del multilateralismo y la política de los bloques. Ni el G7 ni el G20 dieron respuestas o emitieron comunicados conjuntos. La Unión Europea tampoco actuó con eficacia, cerrando sus fronteras por treinta días, pero hacia afuera de los 26 países que conforman la zona Schengen<sup>14</sup>, sin limitar de

---

14 La zona Schengen o Espacio Schengen incluye a un conjunto de 26

manera estricta la circulación interna. Dirigentes ya críticos con la UE como Marine Le Pen en Francia o Matteo Salvini en Italia, aprovecharon para pedir nuevamente la salida de sus respectivos países del bloque, que hoy enfrenta el peor momento desde su conformación.

Mientras, el enfoque de Boris Johnson, convencido de que un “contagio total” haría “inmunes socialmente” a los británicos, desafía cualquier lógica o manual de epidemiología. Aunque luego Johnson tuvo que dar marcha atrás y pedir a los ciudadanos que eviten todo contacto social “no esencial”. Las diferencias entre el Reino Unido y la UE en prácticamente todos los temas también se hicieron patentes en el manejo inicial de la pandemia.

Los países del MERCOSUR no sólo actuaron de manera aislada sino, incluso, contradictoria.

Mientras Argentina decidió cerrar las fronteras y afrontar la pandemia, Brasil prefirió manejarse con “normalidad”.

El presidente Jair Bolsonaro, incluso, no cumplió con la cuarentena y se abrazó con sus seguidores en una manifestación, un día después de anunciar los resultados negativos de su test por coronavirus. El Ministro de Comunicación de su gobierno había dado positivo unos días antes.

Mientras países como Nicaragua celebran manifestaciones contra el virus convocadas por el gobierno o Brasil prefiere ignorar la amenaza, el gobierno chileno, que encontró un respiro a las protestas sociales, cerró las fronteras.

La integración regional en América Latina, cuando los líderes se reunían ante situaciones de emergencia o evaluaban

---

países europeos (ni todos los países de la Unión Europea ni solamente integrantes de este bloque) que han suprimido los controles fronterizos entre sí, con algunas excepciones temporales a partir de hechos extraordinarios como, por ejemplo, los atentados terroristas de 2015 en París.



medidas conjuntas, parece haber quedado en el pasado. Hoy las diferencias entre los dos países principales, Argentina y Brasil, hacen que volver a ello parezca imposible.

La crisis de salud que atraviesa el planeta es sólo comparable con las dos guerras mundiales, si tenemos en cuenta los países afectados, la debacle económica y las futuras consecuencias, una vez que la situación se normalice.

Además de poner en crisis diversas cuestiones –como la globalización, la libre circulación de seres humanos, de bienes y servicios y la difuminación de las fronteras– la situación desatada por el coronavirus pone en conflicto al mismo Estado neoliberal. Pero también niega las tesis de que no había vuelta atrás, hacia tiempos anteriores al multilateralismo. El Estado-Nación, como era entendido en el siglo XX, fue enterrado de manera demasiado apresurada por muchos analistas.

Quizás, si existe la decisión política, esta situación de extrema gravedad sea una oportunidad para que los países centrales vuelvan a instaurar un Estado de Bienestar como los de los momentos posteriores a los más grandes conflictos internacionales, destruidos en los tiempos de paz.

Huntington, en su momento, aseguraba que los focos de conflicto del futuro serían las líneas divisorias entre las civilizaciones. A partir de eso, el diálogo y la capacidad de construir una nueva identidad superadora, un todo superior a las partes, que respete tanto las diferencias como las identidades, es hoy más necesario que nunca.

En los años noventa, Fukuyama pronosticaba que la globalización “apaciguaría a los pueblos”, terminando de una vez con los conflictos. Huntington, sin embargo, auguraba un reverdecer de las identidades nacionales, étnicas y religiosas que los convierten a cada uno en un “pueblo único”. En su última obra, el estadounidense propone el desafío de integrar a los pueblos dentro de una comunidad democrática,

incluyendo a su vez a las identidades sexuales, religiosas, etc.

Esa necesidad de integrar a los pueblos salvando las desigualdades crecientes es impostergable.

El odio a las diferencias, la pulsión de muerte homogeneizadora, los nacionalismos chauvinistas, tienen el potencial de acabar en una catástrofe de proporciones inimaginables.

El mundo se parece al héroe mitológico Odiseo en la obra de Homero, entre Escilia y Caribdis: debatiéndose entre quién dirige al capital, si los mercados o el Estado.

Dirigentes como Trump y Bolsonaro prefieren correr el eje de la discusión, planteando la dicotomía entre tradición y modernidad y erigiendo muros que separen a los pueblos.

Los puentes ya existen, y son más que los muros. Hoy, en medio de la crisis más grave que atraviesa la humanidad en los últimos setenta años, es imprescindible comenzar a transitarlos. Sólo así se podrá debilitar a esas identidades políticas basadas en el resentimiento contra lo diferente. Es un deber de todos aportar, desde donde nos toque, los elementos necesarios para dar esa pelea.



<b>Agradecimientos</b> .....	7
<b>Presentación</b> .....	9
<b>Prólogo</b> .....	13
<b>Una globalización anti globalista</b> .....	17
<b>Introducción</b> .....	19
<b>Estados Unidos</b> .....	27
Una aproximación a los votantes de Trump.....	29
La ultraderecha de la clase obrera.....	33
Trump y el fantasma de George Wallace.....	38
<b>Europa</b> .....	41
Mucho más que una nueva derecha europea.....	43
Sobre la juventud de extrema derecha italiana.....	47
El recuerdo de otra Italia.....	54
Una caída de estilo.....	58
Francisco, el peor enemigo de Salvini.....	61
Sardinas contra Salvini.....	65
Herederos de Franco.....	69
Los Chalecos Amarillos, en su casa.....	73
Desenterrar la arena: sobre los <i>gilet jaunes</i> y la cultura política francesa.....	77

---

<b>América Latina</b> .....	81
La puerta de entrada para “El Movimiento” de Steve Bannon en América Latina.....	83
Bolivia, Israel, Brasil y los evangélicos.....	94
La cumbre de las Américas conservadoras.....	98
Derecha y progresismo en la Suiza del sur.....	102
El caso de Perú: el FREPAP y la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal.....	106
Dios en la política: el factor religioso.....	110
<b>Algunas consideraciones</b> .....	115
Cara al puente.....	117

Este libro de Gonzalo Fiore Viani trata de una pandemia que lleva más de cincuenta años: la neoliberal, que, sin duda, es una enfermedad que padecen los pueblos, con su degradación ¿inevitable? hacia "populismos" retrógrados de derecha, cuasi fascismos que ya comienzan a rozar las "maneras" políticas autoritarias.

Es fundamental para comprender los movimientos de una ultra derecha que a muchos y a muchas nos puede parecer cavernaria y grotesca, pero que serpentea con resultados alarmantes sobre los pueblos del mundo.

Fiore Viani tiene la virtud de explicar este mundo de ultraderecha –por momentos subterráneo, pero con una ingente capacidad financiera y de acceso al poder– con un lenguaje despojado, sencillo, sostenido en información concreta, al mismo tiempo que muestra las profundas tensiones del orden mundial, que permiten una corriente de estas características. "Una globalización anti globalista" nos invita a la formación de la conciencia ante los peligros que acechan a la humanidad y a luchar por repelerlos militantemente. Nos advierte. Nos responsabiliza. Más aun: nos "encuadra".

Gonzalo Fiore Viani nació en la localidad de Laborde, provincia de Córdoba, el 20 de julio de 1991. Egresó de abogado en 2014, por la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Realizó una maestría en Relaciones Internacionales en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente cursa el doctorado en Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba. Como abogado, se dedica al derecho laboral, especialmente representando a entidades sindicales.



Fue candidato a legislador provincial en 2015,

voluntario del Programa Siria de Cascos Blancos en 2017 y consultor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en 2018. En 2019 se desempeñó como responsable del proyecto "Es tu casa", dirigido a la atención de migrantes forzados en la ciudad de Córdoba. Actualmente, también se desempeña como analista internacional, siendo columnista de medios gráficos como: Hoy Día Córdoba, Comercio y Justicia, La Política Online y La Tinta, mientras que colabora de manera periódica con artículos para Nodal, Sputnik Internacional (Rusia), Senso Comune (Italia), Revista Panamá, La Política Online, La Tinta, Radio Nacional Córdoba, Clarín, La Voz del Interior, Hoy Día Córdoba, Comercio y Justicia, entre otros. También hace radio y televisión, analizando temáticas de coyuntura internacional.

Es el responsable, en Córdoba, del "Centro de Estudios Nuestroamericano" (CENAC), de la Organización Nacional Peronismo Militante.

